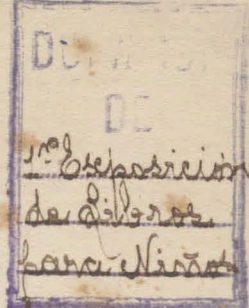




TEATRO INFANTIL

29.259



“SEMILLITAS”

COLECCIÓN DE NÚMEROS REPRESENTABLES
(COMEDIAS, FANTASÍAS, JUGUETES CÓMICOS,
===== MONÓLOGOS, Etc. Etc.) =====

ORIGINALES DE:

CECILIA BORJA



1ra. PARTE

DESTINADA A LAS FIESTAS ESCOLARES DE FIN DE CURSO



1 9 2 7

La Cooperadora Gráfica de la Enseñanza
Isely & Cía. — Río Bamba 761
BUENOS AIRES

142 X 223



A mi hermana

Trinidad Borja de Vanzini

mi primer crítico y director de escena

y a sus hijos

Raquel y Enrique

mis primeros intérpretes

CECILIA BORJA

Trinidad García de Vascón
En el lugar de su residencia y domicilio en la ciudad de Madrid

Es propiedad de la autora.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Trinidad García de Vascón

INDICE

NÚMEROS REPRESENTABLES

	Pág
1.—MEDIO. SIGLO. — Fantasía lírico-dramática ..	1
2.—LAS ADIVINAS. — Capricho cómico-lírico ..	19
3.—LAS HORAS. — Fantasía lírico-coreográfica ..	27
4.—LA MAMÁ MÁS LINDA. — Comedia	33
5.—LAS COMPOSICIONES. — Comedia	43
6.—CORAZÓN DE LUZ. — Escenita	53
7.—PESTALOZZI. — Anécdota dramatizada ..	57
8.—POR VIVIR EN CONVENTIYO. — Juguete có- mico	63
9.—CUANDO ÉL SEA GRANDE... — Juguete có- mico	71
10.—UN BANQUETE IMAGINARIO. — Juguete có- mico	79
11.—EN LA ESTANCIA. — Juguete cómico	89
12.—¿QUIÉN DECLAMA MEJOR? — Juguete cómico	95
13.—EL MILAGRO. — Monólogo	99
14.—EL CUMPLEAÑOS DE MAMÁ. — Monólogo ..	103
15.—UN VUELO PRODIGIOSO. — Monólogo ..	107
16.—LAS ABEJAS. — Ronda	111
17.—EL DÍA DE CLASE. — Ronda	119

POESÍAS RECITABLES

	Pág.
1.—LA ESCUELA	125
2.—¡ABUELITA!	127
3.—LA ESCUELA CERRADA	128
4.—¿CUÁNDO?... .. .	130
5.—TERU-TERO	131
6.—LAS PALOMAS	133
7.—EL CARACOL	135
8.—LA ARAÑITA	137
9.—CORDERITO	139
10.—PERICO	141

“Semillitas...”

... semillitas de bondad; de rectitud; de tolerancia; de optimismo; de generosidad;... ¡de otras mil cosas lindas y buenas que deseamos ver brotar en el alma tierna de los niños!...

Tal ha sido mi propósito (sin duda superior a mi habilidad para lograrlo), al dar publicidad a ésta, mi tercera obrita del género, reuniendo para ello material en parte inédito, en parte aparecido en diversas publicaciones. Teniendo en cuenta que está destinada a las fiestas que, a fin de año, organizan las escuelas dentro de sus propios locales, y sin libertad de emplear “mise en scène” ni caracterización de actores, he procurado la mayor variedad en temas y estilos, dentro de la absoluta sencillez, incluyendo solamente algunos números algo más complicados, y de mayor visualidad y efecto, para los festivales que, por excepción, patrocinan las asociaciones cooperadoras, y para las cuales puede disponerse, en teatros o salones, de escenarios, decoraciones, proyección de luz, etc.

Incluyo en un “Apéndice”, por considerar que eso ya no cabe en “Teatro”, algunas poesías para ser recitadas por niños pequeños.

Quedan para la segunda parte de la obra, (a aparecer en los primeros meses del año próximo) los asuntos históricos y patrióticos propiamente dichos, creyendo,

sin embargo, "hacer patria" ahora también, ya que me propongo "elevar el nivel moral", y entiendo ser éste el patriotismo por excelencia.

A la buena voluntad de los maestros dejo librada la suerte de mi libro: ellos sabrán suplir sus deficiencias con el esmero y el cariño con que preparen a los intérpretes.

Desde ya, muchas gracias.

Cecilia Borja

Buenos Aires, 1927.

Medio Siglo

Fantasia Lírico - dramática

(La música correspondiente, original del maestro Rocca,
en venta en las casas del ramo).

PERSONAJES:

ABUELA. — Tipo de dama criolla. Culta y afable. Alrededor de 60 años.

LAURA. — Su nieta. Viva y simpática. 12 años,

GREGORIA. — Sirvienta. Negra muy anciana: encorvada; mota gris. Muy expresiva, graciosa y zalamera; algo gangosa al hablar.

MEMORIAS. — Niñas vestidas con largos trajes vaporosos, en diversos colores, según el texto. Más o menos numerosas, a comodidad.

EI TIEMPO. — Caracterización adecuada.

Damas, Candomberos, Estudiantes, bailarines, paisanos, etc., de acuerdo al desarrollo de la acción.

(En primer término, derecha del espectador, la abuela, sentada en un sillón, teje o cose).

Medio Siglo

LAURA.—(*Entrando y dejando la cartera de útiles sobre una silla*). Buenas tardes, abuelita. (*Se acerca y la besa*).

ABUELA.—(*Acariciándola*). ¿Qué tal, hijita? ¿Trabajaste mucho?

LAURA.—(*Sentándose a los pies de la abuela en un almohadón o banquito*). Algo; estoy un poco cansada, pero ya quedó todo arreglado para la fiesta. Pusimos tantas flores y guirnaldas verdes, que toda la escuela es un jardín.

ABUELA.—¡Qué hermosura!... ¡Muy bien hecho!...

LAURA.—Cuando tú eras niña, abuelita, habrás ayudado también a arreglar tu escuela, ¿verdad?...

ABUELA.—¡Ah, mi hijita! La escuela de ustedes es muy diferente de la de mis tiempos. “*La letra con sangre entra*”, decían entonces, y no se pensaba en dar a los niños más enseñanza que lectura, escritura, las cuatro reglas y el Catecismo. Ni *clases objetivas*, como ustedes les llaman; ni Ejercicios Físicos; ni recreos...

LAURA.—(*Con sorpresa*). ¿Recreos tampoco?...

ABUELA.—¡Ni soñarlo!... Así que las fiestas, con mayor razón, hubieran parecido una irreverencia.

LAURA.—¡Jesús! ¡Qué gente fúnebre!...

ABUELA.—Te hablo de hace 50 años...

LAURA.—(*Interrumpiendo*). ¡Medio siglo!...

ABUELA.—Exactamente. Las cosas cambian, para mal, a veces; otras para bien. Nosotros no amábamos la escuela, porque no nos la hacían amable.

LAURA.—¡Claro!

ABUELA.—Había pocas escuelas, pues no a todos los niños se daba instrucción todavía. Especialmente las niñas, eran poco atendidas en este sentido.

LAURA.—Y tú, ¿cómo aprendiste tanto, abuelita?

ABUELA.—Eso de *tanto*, está por ver, pero, en efecto yo tuve la suerte de que con maestro en casa, a ratos y enviándome a una escuela particular otras temporadas, se procurara instruirme.

GREGORIA.—(*Asomándose*). ¿Dan licencia sus mercedes?...

ABUELA.—¡Adelante!

LAURA.—(*Riendo*). ¡Sus mercedes!... ¡Por Dios, Gregoria, que esto es más viejo que las escuelas de palmeta, todavía!...

GREGORIA.—¿Y cómo quiere mi nenita que lo diga?

ABUELA.—No le hagas caso, Gregoria. La gente de ahora es pura novelería. ¿Qué buscabas?

GREGORIA.—Venía a preguntar a *mi niña* si quería unos matecitos.

LAURA.—(*Con travesura*). ¡Pero Gregoria! ¿No te acuerdas de que no me gusta el mate?...

ABUELA.—¡Vamos!, ¡no impacientes a la pobre Gregoria! Demasiado sabes quien es *la niña*. (*A Gregoria*). Sí; cébame unos mates.

GREGORIA.—(*Riendo y golpeando cariñosamente en el hombro a la abuela*). Esta, ésta, ésta es siempre *mi niña*... (*A Laura*). A usted le traigo el te con leche.

LAURA.—Bueno; eso sí. (*Sale Gregoria*).

ABUELA.—¡Qué santa mujer es esta pobre negra!...

LAURA.—De veras; un pedazo de pan. Y ¡cómo te quiere!... ¡Cuántos años tendrá?

ABUELA.—Ni sé calcularlo. Cuando vuelva la haremos hablar; cuesta poco tirarle de la lengua. (*Queda un momento pensativa; Laura la observa*).

LAURA.—¡Abuelita!, ¿en qué piensas?

ABUELA.—(*Mirando a lo lejos, como obsesionada*). ¡Qué se yo!... ¡en tantas cosas!...

(*Sigue otra pausa. La música preludia los primeros compases del "Recitado"; la abuela se levanta y declama a su compás la poesía que sigue, mientras Laura la contempla extasiada mirando también, de vez en cuando, hacia el fondo del escenario, por donde el "Tiempo" y las "Memorias", convenientemente caracterizados, actúan de acuerdo al sentido del recitado:*)

"LAS MEMORIAS"

Cruza el *Tiempo* con paso cansino
por el vasto escenario de Ayer,
y en cortejo que cierra el camino,
mis viejas *Memorias* se agitan tras él.

¡*Las Memorias!*... ¡En vuelos extraños
se confunden... y vienen... y van!...
y el espíritu evoca esos años
que en vano quisiera volver a pasar...

¡*Las Memorias!*... ¡Qué lindas algunas,
se engalanan de rosa y de azul,
mientras graves, en sus gasas brunas,
se envuelven las otras con vaga inquietud!...

¡Oh, mis dulces *Memorias*, vividas
en momentos de fe y de ilusión!...
¡Mensajeras de dichas ya idas,
que hoy bullen y ríen bañadas de sol!...

¡Quien pudiera en armónica danza
vuestros giros alegres seguir,
y llegar al país de bonanza
donde antes viviera, tranquila y feliz!

Y las otras, las de amarga pena,
las de luto, de angustia y dolor,
hoy encuentran ya el alma serena,
cubierta de un velo de resignación...

¡Las *Memorias*!... ¡En vuelos extraños,
se confunden... y vienen... y van!...
y el espíritu evoca esos años
que en vano quisiera volver a pasar.

Cruza el *Tiempo* con paso cansino,
por el vasto escenario de Ayer,
y en cortejo, cerrando el camino,
mis viejas *Memorias* se agitan tras él...

(*Desaparecen las "Memorias"*).

LAURA.—(*Abrazando a la abuela, que habrá vuelto a sentarse*). ¡Abuelita!... ¡Abuelita!... ¡hasta yo, creí ver agitarse tus *Memorias*!... Las tristes y las alegres..., ¡qué bien hablabas!...

GREGORIA.—(*Entrando con el té servido en una bandeja y el mate en la mano*). Yo también las vi, porque

cuando mi niña empezó a hablar, yo me paré en la puerta escuchándola.

ABUELA.—Es que todas esas “*Memorias*” mías, son tuyas también, Gregoria.

GREGORIA.—¡Seguro!... ¡seguro!... ¡toditas!... (*Entrega el mate y sirve el té*).

ABUELA.—(*Hablando siempre como consigo misma, y mirando a lo lejos*). Fué al poco tiempo de ir yo a la escuela; aún creo verme yo misma, como en el retrato que, junto con mi madre, tengo de entonces... Aquí está. (*Abriendo un álbum*). ¡Qué diferencia entre las modas de hoy y las de cincuenta años atrás. Mi madre — Dios la tenga en Gloria—llevaba un corpiño de terciopelo negro muy ceñido; pollera de seda muy ancha, con sobrefalda abullonada, terminada en un fleco. Peinado alto, dejando la frente despejada; mantilla de blonda puesta muy atrás — especialmente para ir a la iglesia, ninguna señora usaba sombrero, — y mi traje, aunque no negro, poco se diferenciaba del de mi madre. Eso sí: yo llevaba un sombrerito con plumas.

(*Por el fondo del escenario pasan de la mano una señora y una niña vestidas según descripción. Laura y Gregoria, en actitud de escuchar, pendientes de la palabra de la abuela, y siguiendo con su mirada la dirección de la de ella, a lo lejos*).

ABUELA.—Recuerdo una mañana en que iba a entrar a clase, y me detuve a comprar rosquillas a una morena que, con su cesto cubierto de blanquísima servilleta, y en la mano la rama de saúco para espantar las moscas, esperaba risueña a sus *marchantitos*...

GREGORIA.—¡Oh, mi niña querida!... ¡era yo!... ¡déjeme que yo lo cuente!... ¡déjeme!... (*Habrá apa-*

recido, hacia el fondo, una negra ya anciana, pero no encorvada ni canosa como Gregoria. Manto negro, canasta, etc., según descripción anterior. Se sienta en el suelo y espanta las moscas de la canasta. Después se irá desarrollando la escena que Gregoria irá narrando).

ABUELA.—¿Te acuerdas?... Cuéntalo, sí.

LAURA.—¡Cuenta, Gregoria, cuenta!

GREGORIA.—Entonces yo ya era vieja: no encorvada, ni canosa, ni tembleque como soy ahora, pero ¡había sufrido tanto!... Y estaba sola en el mundo... ¡solita mi alma!...

Vendiendo pasteles me ganaba la vida, y entre los diablitos que me los compraban, una niña venía, cariñosa y buena como un ángel. (*Aparece sola, la misma niña que pasó antes con la mamá. Se acerca a la Negra; pone rosquillas en el pañuelo, paga, y al irse hace una rápida caricia a la Negra; se aleja saludándola con la mano, y la Negra se queda contemplándola).*

GREGORIA.—(*Continuando*). Otras había, en cambio, altaneras y desconsideradas. Una intentó aquel día robarme pasteles, aprovechando que yo estaba distraída mirando a la niña buena (*escena reproducida como las anteriores*). La ví y le tomé la mano. Ella entonces — ¡la malvada!— de un puntapié volcó la canasta y todos mis pasteles cayeron al barro...

Como alma que lleva el diablo se escapó la pícara, y yo quedé llorando y arrancándome los cabellos de rabia y de pena, porque aquel día no tendría ni un cobre para comprar qué comer.

Pero Dios se apiadó de mí, y me envió un ángel para consolarme. Aquella niña cariñosa lo había visto todo: se me acercó; enjugó mis lágrimas con su propio pa-

ñuelo fino y perfumado, y me llevó a su casa... (*Escena vivida*).

LAURA.—(*Enjugándose los ojos*). Abuelita, ¿eras tú, esa niña buena?...

GREGORIA.—(*Besando la mano a la abuela*). Aquella niña era ésta; sí, nenita. (*Acariciando a Laura*). Usted también es buenita como ella.

ABUELA.—(*Pasando la mano por la cabeza de Gregoria*). ¡Bastante me has pagado aquella pequeña bondad! (*A Laura*). No me dejó nunca; me ha cuidado y servido desde entonces, ¡con una lealtad y un desinterés!...

LAURA.—(*Acariciando a su vez a Gregoria*). ¡Pobre viejita agradecida! (*Pausa*).

ABUELA.—Cuando tuve la desgracia de perder a alguno de los míos; siempre ella rezando conmigo y sosteniéndome!...

(*Se separa una cortina, y aparece, no muy al fondo, un lecho en que parezca estar muerta y tapada de blanco, una persona. Al pie dos figuras arrodilladas: una, muy envuelta, no se distingue bien; la otra es la negra del cuadro anterior. Lentamente pasan, más al fondo, las "Memorias" enlutadas. Vuelve a correrse la cortina. La abuela, Laura y Gregoria, quedan unos instantes con la cabeza inclinada, como rezando*).

GREGORIA.—Bueno; no quiero que estén más tristes. ¡Si supieran de lo que yo me acuerdo ahora!... (*Ríe con grandes carcajadas y aspavientos*).

ABUELA.—¡Ahora se ríe!, ¿qué te pasa?

LAURA.—(*Riendo también*). ¡Qué Gregoria!...

GREGORIA.—¡Virgen Santísima! ¡cómo me reí!... ¡No se acuerda, niña, de los comparseros de aquel Carnaval?

ABUELA.—¡Ah, sí! Eso fué unos años más tarde.

GREGORIA.—Sí; usted era mocita, y linda como un pimpollo.

ABUELA.—¡Bah! La juventud.

GREGORIA.—¡Si viera, nenita!... Así, tenía los pretendientes... ¡Así! (*Juntando los dedos*).

LAURA.—(*Riendo*). ¡Ajá!... ¡miren!... ¡miren!... y ahora ¡tan seria la señora!...

GREGORIA.—(*Riendo*). ¡Ja, ja, ja!...

ABUELA.—(*Riendo también*). ¡Vaya! Me están contagiando...

GREGORIA.—... Y aquel año, los dos más encarnizados — ¡lo que fué a ocurrírseles! — organizaron sus comparsas para ir a dar serenatas a mi niña.

Uno llevó a "Los Negros Lucambas", con sus piruetas y sus candombes. (*Gregoria lo hace, mientras pasan hacia el fondo unos cuantos candomberos caracterizados según las comparsas de la época, haciendo contorsiones y cantando:*)

LA CANCION DE LOS LUCAMBAS

Somos los Negros Lucambas,
los pobres negros proscritos,
que, entre saltos y entre gritos,
alegran el Carnaval.

Al compás de los candombes
lloran sus penas en vano,
porque al trópico lejano
ya nunca más volverán.

Negrito Lucamba,
no llores, no llores,
 más vale reir;
las niñas porteñas
te arrojarán flores
 y serás feliz.

GREGORIA.—(*Siguiendo su exposición*). El otro pretendiente llegó con su “Estudiantina”...

ABUELA.—(*Muy animada*). ¿Te acuerdas Gregoria? ¡qué gallardos eran!... Airosamente embozados en sus amplias capas, que dejaban ver su calzón corto, sus medias de seda, y sus zapatos de hebilla...

GREGORIA.—... Y aquellos sombreros, como medias lunas con los picos bajos...

ABUELA.—... y todos con guitarras o bandurrias...

GREGORIA.—¡Qué bien cantaban!...

(*La abuela y Gregoria empiezan el canto que sigue, al tiempo que aparece la Estudiantina, cantando a su vez. En caso de que las niñas que hacen de Abuela y de Gregoria, no pudieran cantar, lo harán solamente los Estudiantes:*)

CANCION DE “LA ESTUDIANтина”

I

Llega al pie de tu ventana
la Estudiantina, y su empeño
pretende ahuyentar tu sueño
porque escuches mi cantar;

cantar que tu indiferencia
va arrancando a mi ternura;
¡vasallaje a tu hermosura!...
¡melancólico cantar!...

II

Ya mi corazón no late:
¡tan malherido lo tienes,
niña, que con tus desdenes
me estás matando de amor!...

Compadece mi sufrir,
niña hacia todos piadosa;
niña, entre bellas, hermosa,
y entre buenas ¡la mejor!

GREGORIA.—Así venían en las primeras noches de aquel Carnaval, luciendo sus habilidades...

ABUELA.—... hasta que al fin...

GREGORIA.—(*Riendo a carcajadas*)... acabó muy mal...

LAURA.—¿Qué hubo?...

ABUELA.—Que una noche se encontraron las dos comparsas (*entran nuevamente por laterales opuestos*) y se armó batalla, con candombes, y guitarras o bandurrias como armas...

GREGORIA.—(*Siempre riendo*). Pero yo los arreglé bien...

LAURA.—(*A la abuela*). ¿Qué les hizo?...

ABUELA.—A baldes de agua, los corrió...

(*Aparece la misma negra que en cuadros anteriores representó a Gregoria más joven, y echa, o simula echar un balde de agua, desde cierta distancia, hacia el grupo*).

GREGORIA.—¡Y cómo disparaban!... (*Se desbandan todos por uno y otro lado*).

ABUELA.—Sí, pero creo que no fué tu balde el que los asustó, sino la cara de mi padre que asomó por una ventana...

LAURA.—Bueno, pero al fin, ¿cuál de los pretendientes ganó?...

ABUELA.—¡Ah, eso hubo de decidirse en la última fiesta de ese Carnaval, en el "Club del Progreso", en uno de aquellos vales arrebatadores...

GREGORIA.—(*A Laura*). Entonces los bailarines parecían trompos. (*Quiere girar, y se marea, teniéndose que sostener en una silla*).

(*Aparece una pareja bailando un vals de movimiento vivo. El bailarín será uno de los "Estudiantes". Pueden agregarse, si se desea, otras parejas con distintos disfraces, o con traje de etiqueta los hombres, y de fiesta, según moda de la época, las niñas*).

LAURA.—¿Y después?

ABUELA.—(*Mientras dura el baile de referencia*). Nada: en las vueltas del vals, se desprendió de mi pecho el ramo de jazmines, y mi compañero..

LAURA.—¿El del candombe?

GREGORIA.—¿Qué esperanza!... ¡el de la mandolina!...

ABUELA.—¡Claro!...

LAURA.—(*Como con alivio*). ¡Ah!...

ABUELA.—Se me cayó el ramo de jazmines, y mi compañero... se quedó con él.

(*La pareja correspondiente realiza la escena descrita, y siguiendo el mismo vals, la, o las parejas, desaparecen*).

GREGORIA.—(*A Laura*). Con el ramo, y con el corazón, niñita, porque después se casaron.

LAURA.—¡ Ah! ¿el Estudiante era abuelito?... ¡Qué tirón de orejas se va a ganar hoy!...

GREGORIA.—¿Y aquella fiesta de la *hierra* en la Estancia? ¿se acuerda, niña? (*A la abuela*).

ABUELA.—¡Cómo no!... ¡Qué Pericón el que se bailó!...

GREGORIA.—Todavía me acuerdo de las relaciones.

(*Aparecen ocho parejas y bailan el Pericón, intercambiando en la parte correspondiente, las relaciones que siguen, y cuidando de las características que se indican en cada personaje:*)

PAREJAS:

Bastonero	1	Vieja	2
Cocoliche	3	Fea	4
Negro	5	Rubia	6
Zonzo	7	Pelada	8
Pueblero	9	Bonita	10
Gallego	11	Paisana	12
Chico	13	Grandote	14
Tartamudo	15	Cordobesa	16

RELACIONES:

- 1) Nena, métete a las tabas
pa no quedarnos atrás;
no digan las mozas bravas
que de vieja rengueás.

-
- 2) Ni anque algún zonzo se ráiga,
Pichón, dejálo nomás,
ya sabés que yo ¡bien háiga!
con vos no pierdo el compás.
- 3) Sei propio cume uno cardo
tuto pieno con la spina:
per eso é que mi risguardo
con cuesto guante, mi china.
- 4) Usted al agua le cuerpea
y no se quiso lavar; (*por las manos*).
el agua, anque no se crea,
hast'es güena pa tomar.
- 5) Pal *Malambo* más baquía
tengo que pal *Pericón*:
con usted lo bailaríá,
Rubia de mi corazón.
- 6) En vez de bailar *Malambo*
un consejito aproveche:
váyase corriendo al tambo
y tome baños de leche.
- 4) El corazón enriedao
en tus trenzas me tenés...
(el verso ya estaba armao
y áura resulta al revés).
- 8) Si el corazón conformás
con mis trenzas solamente,
te las mando, y lo guardás
todo junto en aguardiente.

- 9) Eres la más primorosa
de las flores del jardín;
fresquita como la rosa
y blanca como el jazmín.
- 10) Puro jarabe de pico;
pura pilcha a lo pueblero;
se da corte como rico
y no gana pal puchero.
- 11) Comu me chamu Sejundo
e son un buen rapaciñu,
eu le diju a todú el mundo
que le tenju un jran cariñu.
- 12) Ya que soltó la singüeso,
me lo hubiera dicho a mí:
¡jarbanzos en vez de seso
es lo que usted tiene aquí! (*la cabeza*).
- 13) Nunca vide un elefante
que bailara el Pericón,
y fuera tan elegante...
¡pa largar el pisotón!
- 14) ¡Si ni los dientes siquiera
emprinciaste a cambiar!...
¡agarrá la mamadera
y dejate de bailar!

15) Tu tu tú, tu tu tú...
tu máma me dió permiso...
pa, pa pa pá, pa pa pá...
pa... arreglar el compromiso.

16) Tu tu tú, pa pa pá... ¿y di áhi?
¡Mesmito que una corneta!...
y será pa pior, ¡velay!
si le cuelgo la gaieta. (*Tonada cordobesa*).

(*Puede agregarse, si se desea, algún otro baile nacional. Todos hacen mutis con el último baile*).

GREGORIA.—(*Como acordándose de pronto*). ¡Niña! ¿y el mate?

ABUELA.—Pues mira, lo había olvidado.

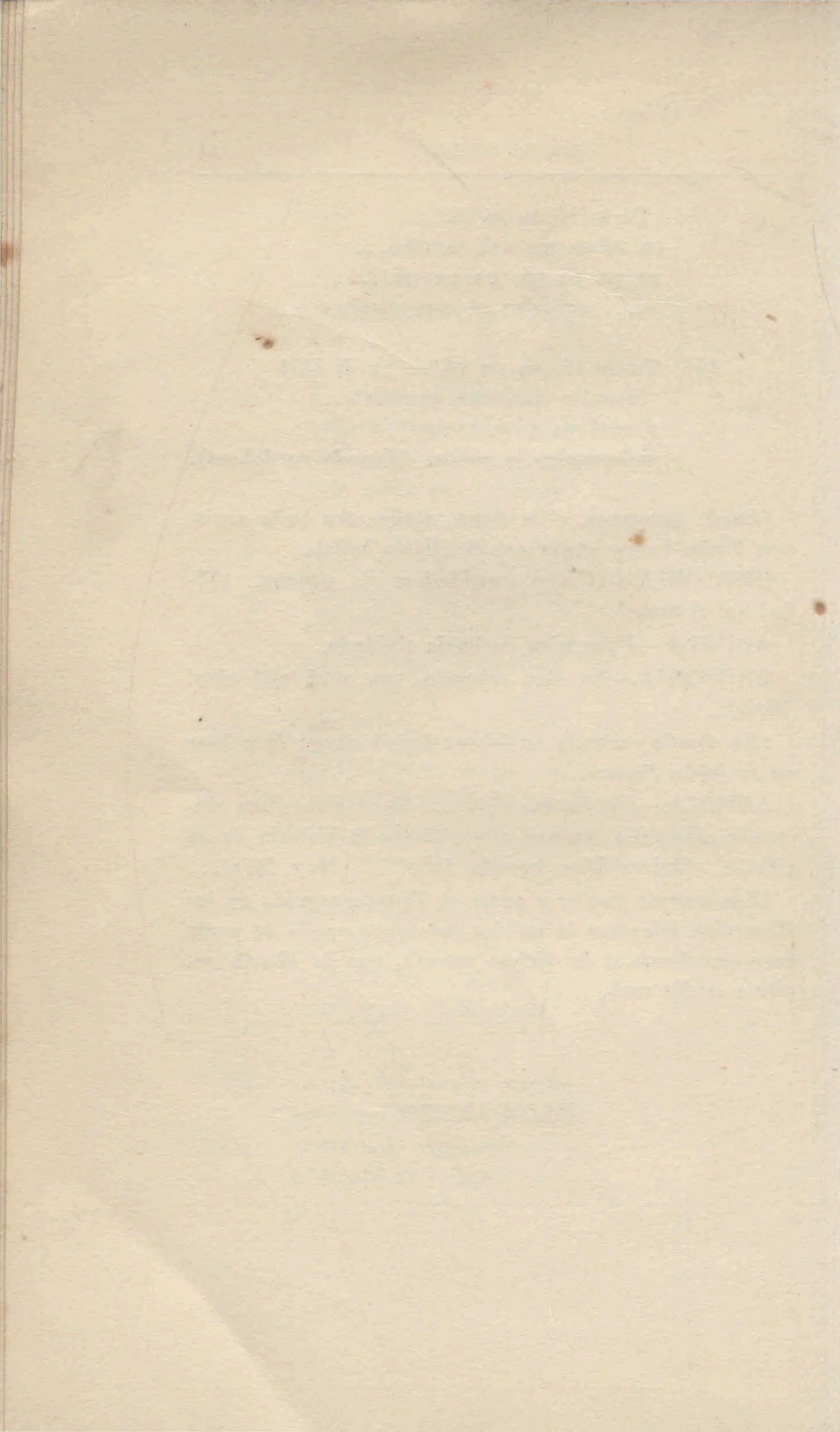
GREGORIA.—Le sigo cebando, ¡ya verá qué rico!
(*Sale*).

(*La abuela reanuda su labor; Laura apoya la cabeza en su falda. Pausa*).

ABUELA.—¡Se ha dormido!... Dentro de otros cincuenta años, ella contará a sus nietos la historia de su vida... ¡Quiera Dios hacerla feliz!... ¡Muy feliz!...

(*Lentamente vuelve a pasar el Tiempo seguido de las Memorias, mientras la música suavísima repite la parte correspondiente a la última estrofa, que la abuela recita a media voz*).

TELON LENTO.



Las Adivinas

Capricho Cómico - Lírico

Para niñas de grados superiores.

(La música correspondiente, original del maestro doctor Víctor A. Pasqués, se halla en venta en las casas del ramo, y en la Revista de Instrucción Primaria, 7-1215. — La Plata).

PERSONAJES:

• BRUJAS (2 a 6): joroba; manto negro; bastón; lechuza o gato sobre el hombro (el animal, recortado en cartón).

GITANAS (2 a 6): una canta y baila; tiene un mazo de cartas; las demás acompañan con castañuelas y panderetas); traje característico.

MAGAS (2 a 6): túnica amplia, color azul vivo, salpicada de estrellas plateadas; bonete alto, rematado en una media luna; cono largo, de cartulina negra, imitando un telescopio.

Las Adivinas

I. — ENTRADA

Aparecen en fila simple: adelante las *Brujas*, después las *Gitanas*, y por último las *Magas*. Caminan cautelosamente al compás de la música, tapándose la cara y haciendo señales de guardar silencio, mientras miran en todas direcciones como temiendo ser sorprendidas.

II. — CONJUNTO

Quedan formadas de frente, en semicírculo, y recitan. (*Actitudes adecuadas*).

TODAS. — Venimos a predecir
Lo que oculta el porvenir.

UNA SOLA.—Misteriosas sibilinas,

TODAS. — Adivinas;

UNA SOLA.—Infalibles agoreras,

TODAS. — Hechiceras;

TODAS. — Venimos a predecir
Lo que oculta el porvenir.

TODAS. — Venid, míseros humanos
que vais en pos de la Suerte:
la clave de Vida y Muerte
tenemos en nuestras manos.

Dueñas del Bien y del Mal,
y hasta dueñas del Destino,
señalamos el camino
que ha de seguir el mortal.

(Repetición de todo el II, cantando, de acuerdo a la música).

III. — LAS BRUJAS

Con la introducción correspondiente, el grupo de *Brujas* se adelanta. Los otros grupos se abren, quedando en segundo término: a la derecha las *Gitanas* y a la izquierda las *Magas*. Las *Brujas* trazan en el aire signos cabalísticos durante unos momentos, chistando al mismo tiempo como las lechuzas. Una de ellas, adelantando un paso más recita:

Montadas sobre la escoba
por arte de encantamiento,
las Brujas, cortando el viento,
luego se verán volar.

En aquelarre fatídico
nos da Luzbel sus secretos,
con los filtros y amuletos
que él solo puede lograr.

(Repiten todas cantando, con la música correspondiente).

En carrera precipitada, al compás de la parte final del trozo, dan una vuelta al escenario, y quedan en el lu-

gar que ocuparan las *Gitanas*, quienes habrán adelantado a primer término.

IV. — LAS GITANAS

La que tiene en la mano el mazo de cartas, queda en primer término; las demás la rodean, un poco hacia atrás, y hacen cortesías exageradas al público. La primera abre las cartas en abanico, lo muestra y después canta y baila:

Zeñoras, cabaieros y churumbele,
tendrán la zuerte dulce como unas miele.
Les pide unos dineros la gitaniia
que sabe echá las carta a maraviia.
Las raias de la mano d'eza hermosura (*Seña-
la a alguien en el público*).
dicen la verdadera *buenaventura*.

Las demás del grupo repiten recitando la misma estrofa, señalando a la *Gitana* principal, y con ademanes y entonación enfáticos, como dándole mucha importancia. La principal finge estar muy preocupada examinando y barajando las cartas.

Al repetir la música, la primera canta:

Y si tóo lo que digo no es la verdá,
que me den dinamita para armosá;
pero si argún tacaño desaborío
me niega aquel osequio que le he pedío,
que se caiga de lo arto de un rascacielo,
y jecho una tortiia quede en er zuelo.

(*Repiten como en la otra estrofa, hablando en tercera persona, y vuelven a su lugar bailando*).

V. — LAS MAGAS

Las *Magas* avanzan: miran hacia arriba, con el telescopio en varias direcciones (al compás de los acordes de la música). Después quedan un momento meditando; la música cesa, y recitan en conjunto, sentenciosamente:

Las Ciencias Ocultas,
las Ciencias Estáticas,
y las Matemáticas
presagios nos dan;
nos concede el Hado
virtudes homólogas
que en sabias astrólogas
nos convertirán.

Cada astro potente
del grave Zodíaco
al triste maníaco
la razón turbó;
bajo los auspicios
de horóscopo mágico,
pronóstico trágico
siempre apareció.

(Repiten todo, cantando, y vuelven a sus lugares, quedando en semicírculo como al empezar. Cantan, en coro general:)

Venimos a predecir
lo que oculta el porvenir.

Misteriosas sibilinas,
adivinas;

Infalibles agoreras
hechiceras:

Venimos a predecir
lo que oculta el porvenir.

FINAL

Se adelanta una del conjunto, y recita:

Si les engañó el disfraz,
perdonen la travesura:
la vida es un poco dura,
y hay que buscarle solaz.

Somos buenas chiquilinas
que, aprovechando el recreo,
nos hemos dado un paseo
disfrazadas de "Adivinas",

y como a fuer de sinceras,
no podemos engañar,
venimos a declarar
que no hay tales hechiceras.

Rechace nuestra razón
las magias y sortilegios,
exclusivos privilegios
de necia superstición.

Si está el humano destino
a merced de algún poder,
son la Virtud y el Saber
los jalones del camino.

*(Cantando las dos últimas cuartetos dan una vuelta
alrededor del proscenio, y desaparecen según entraron).*

FIN.

Las Horas

Fantasia Lírico - coreográfica

(Adaptación de "La Danza de las Horas", de Gioconda).

(La música correspondiente, original del maestro Angel N. Rocca, está en venta en las casas del ramo, al precio de \$ 1.50).

12 niñas, divididas en 4 grupos:

AURORA 3, como de ocho años, trajes vaporosos, rosa.

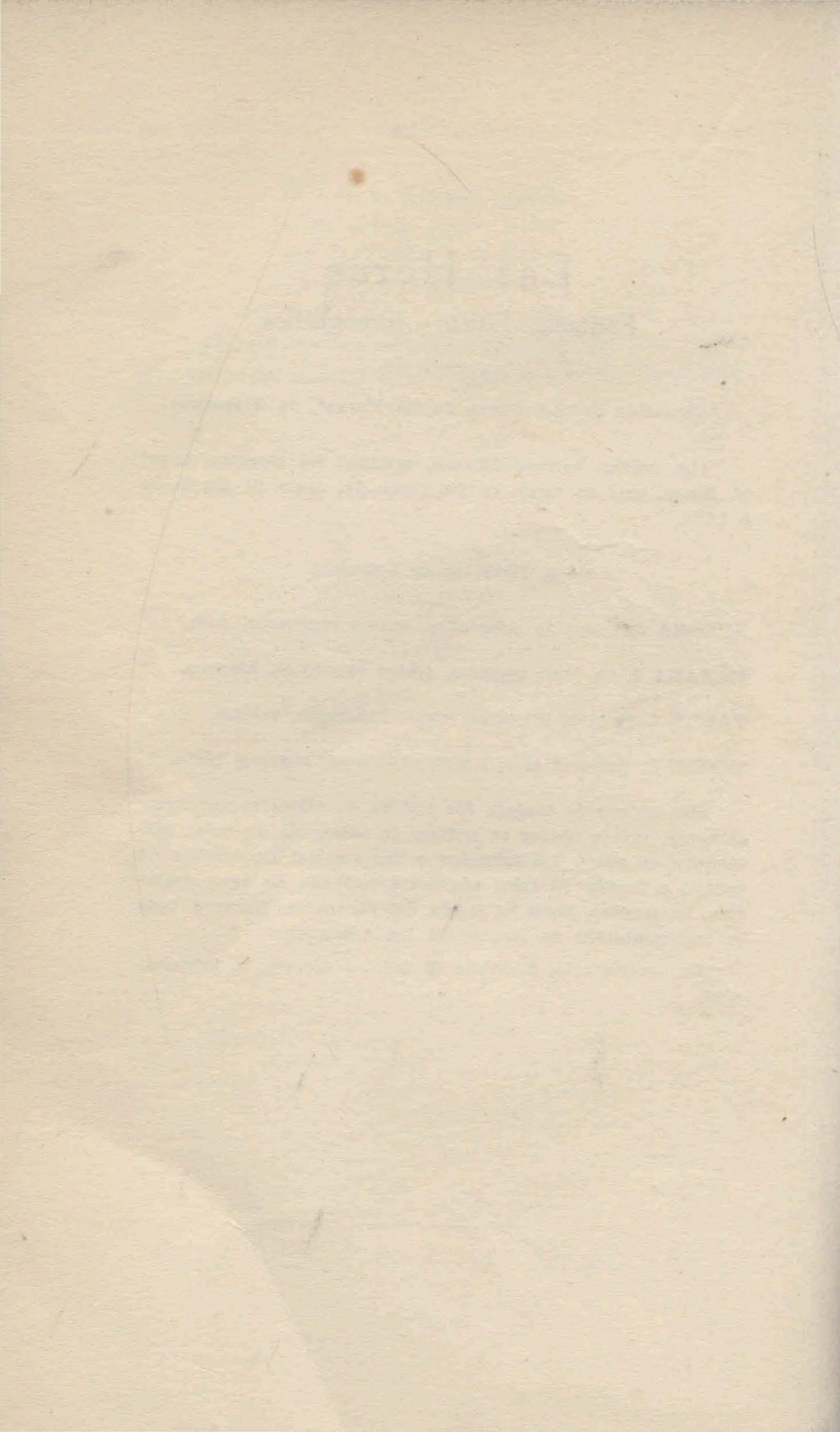
MAÑANA 3, un poco mayores, trajes vaporosos, blancos.

TARDE 3, un poco mayores, trajes vaporosos, celeste.

NOCHE 3, mayores aún, trajes vaporosos, negro y plata.

Con un aro de madera (de 1.20 m. de diámetro aproximadamente, y tela blanca se imitará la esfera de un reloj, pintándole en negro los números y las agujas. Decoración de bosque o jardín. El reloj aparecerá apoyado en unas gradearias, levantadas hacia el fondo del escenario. Durante toda la representación se proyectará luz adecuada.

La escena sola, mientras la música ejecuta la introducción.



Las Horas

LA AURORA

(Aparecen por lateral derecho, los tres niñitas pequeñas, y cantan la parte correspondiente, evolucionando alrededor del reloj, con movimientos suaves, imitando danzas clásicas:)

El alba colora ya el cielo en oriente
con suave arrebol;
las sombras se ocultan huyendo al poniente
cuando asoma el sol.

(Quedan en pose cómoda y graciosa, agrupadas algo hacia atrás y a la izquierda del reloj).

LA MAÑANA

(Aparecen las del segundo grupo, cantando y evolucionando en forma semejante, aunque no igual a las anteriores).

Del astro-rey se ve lucir
la luz con esplendor;
ya la alegría de vivir
se esparce en derredor.

Somos de dicha sin igual
promesa soberana;
la flor, el ave y el mortal
saludan la mañana.

(Quedan como las del primer grupo, pero hacia la derecha).

LA TARDE

(Aparecen en forma semejante las del tercer grupo, cantando:)

Ya el sol ha pasado el cuadrante;
soberbia la tarde aquí está;
muy pronto la luz expirante,
en duelo el placer trocará.

Natura se embriaga de gozo,
de la vida en la plenitud;
presiente que ya es su alborozo
el adiós a la juventud.

(Quedan agrupadas a la izquierda, delante del reloj).

LA NOCHE

(Aparece el cuarto grupo. Movimientos pausados, y actitudes solemnes:)

Ya las sombras el orbe cubrieron;
negro manto la noche extendió...
las fatigas al hombre rindieron,
y el reposo la calma le dió.

(Quedan adelante, derecha del reloj).

CORO

(Todos a un tiempo toman el reloj, lo ponen horizontalmente y sosteniéndolo, se adelantan a primer término, girando a compás, y cantando:)

“El tiempo nunca se detiene;
su marcha es constante y tenaz;
la hora se agrega a la hora
y avanza siempre más y más.

Se pasan sin sentir los días,
los meses se miran huir,
y vuelan con ellos los años
que en siglos se han de convertir.

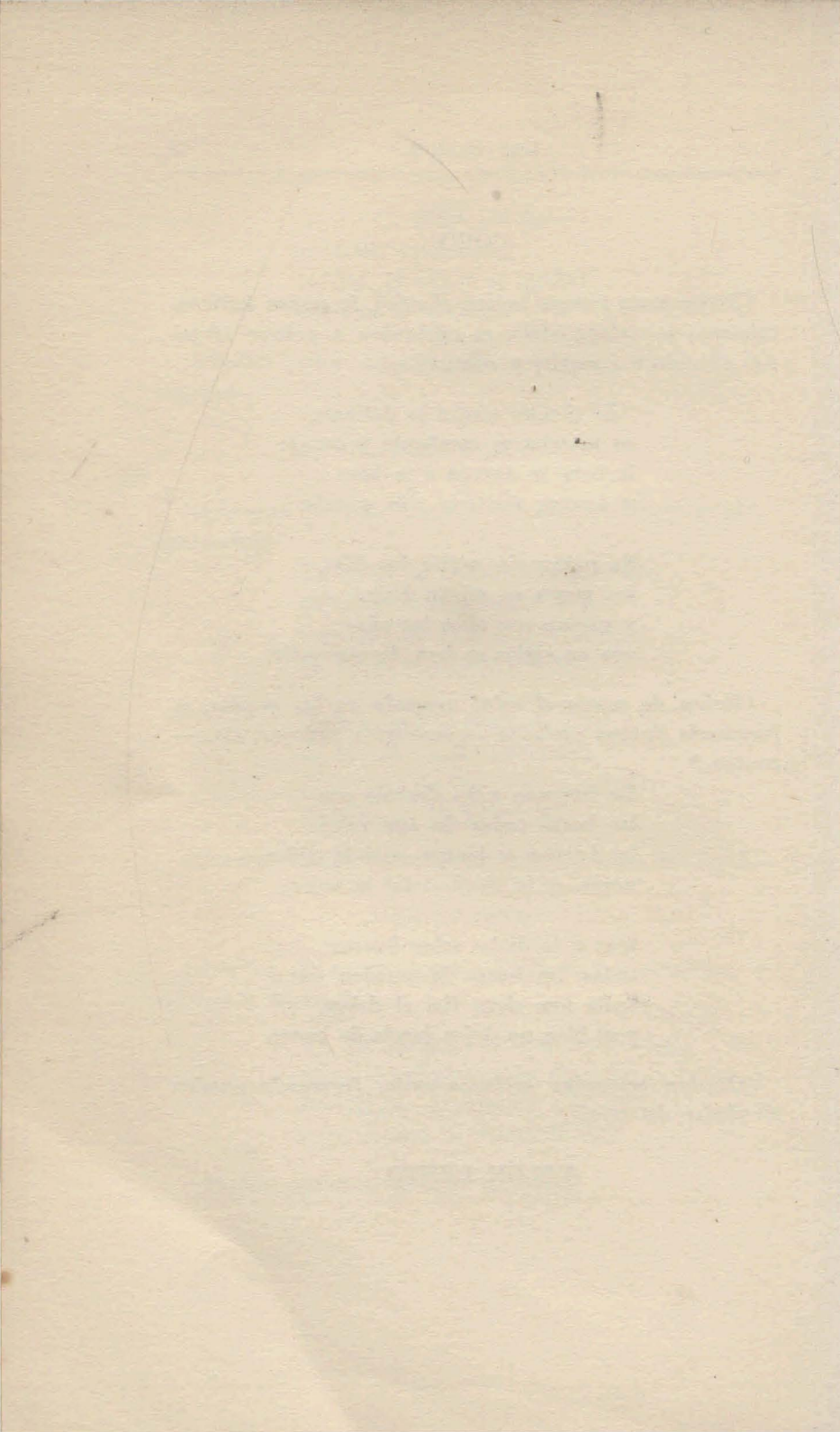
(Dejan de nuevo el reloj apoyado en las gradas, y, formando figuras variadas, — molinetes, cadenas, etc., — cantan:)

De humana vida símbolo son
las horas todas de este reloj:
la *Aurora* es blanca cual la niñez;
negra es la *Noche* cual la vejez;

mas si la dicha sabes buscar,
todas las horas la pueden dar:
basta que sigas fiel al deber,
y el bien no dejes jamás de hacer.

(Quedan colocadas artísticamente, formando cuadro alrededor del reloj).

TELON LENTO.



La mamá más linda

Juguete en un acto

(Para niñas)

PERSONAJES:

Marta, (niña de la casa); Adelina, Otilia, Edith, Renée, (amiguitas).

Las niñas pueden ser de cualquier edad, pero cuanto más pequeñas, resultará más bonito,

ACTO ÚNICO

La escena representa una habitación, un hall, o un jardín de casa rica. Al levantarse el telón, Marta aparece sentada en un sillón, con una pierna muy vendada descansando en otra silla. Sus amiguitas la rodean, unas sentadas, otras apoyadas en el respaldo de un sillón, etc.

La mamá mas linda

MARTA.—Sí, queridas amiguitas; ya ven cómo me encuentran.

ADELINA.—Pero, ¿qué te pasó?

MARTA.—Me caí aquí mismo, en el jardín, con tan mala suerte, que me rompí la pierna, y hubo que enyesarla.

TODAS.—¡Pobre Marta!

OTILIA.—¿Sufriste mucho?

MARTA.—¡Terriblemente!

EDITH.—¡Seguro! ¡el hueso roto!

RENEE.—¡No es para menos!

MARTA.—Y, además, ¡he estado tan triste!... ¡tan solita!... ¡nunca he sentido tanto no tener mamá!... (llora).

(Todas procuran disimular su emoción, y se secan los ojos dándose vuelta).

ADELINA.—¡No te aflijas!

OTILIA.—¡No seas así!

EDITH.—¡Bah, no llores!

RENEE.—¡Ten paciencia! (Simultáneamente acariciándola).

MARTA.—(Después de un suspiro, y como desechando su tristeza). ¡Qué egoísta soy! No se vayan a entristecer también ustedes. Vamos a jugar.

TODAS.—(Con muestras de alegría). ¡Sí! ¡sí!...

OTILIA.—¿A qué jugamos?

RENEE.—A lo que quiera Marta.

MARTA.—Bueno; voy a proponerles un juego nuevo, que vengo pensando hace días.

TODAS.—¿Qué juego? (*con interés*).

MARTA.—Van a ver: yo voy a regalar este ramo de flores (*señalando uno que habrá sobre un mueble, en lugar bien visible*) a la que tenga la mamá más linda, para que se lo lleve de mi parte.

ADELINA.—¡Bah! ya te vas a poner otra vez triste: este juego no vale.

TODAS.—¡Claro! ¡no vale!

OTILIA.—Piensa otra cosa, vamos.

MARTA.—¡Pero no! Si ahora ya estoy tranquila. Van a ver que es lindo.

EDITH.—Pero eso no es ningún juego.

MARTA.—¿Me dejan hablar, o no?

TODAS.—Bueno: habla.

ADELINA.—Empieza de nuevo... ¿qué decías?

MARTA.—Que quiero saber cuál de ustedes tiene la mamá más linda.

TODAS.—¡Yo, yo, yo! (*Gran alboroto*).

MARTA.—¡Ajá! veo que les va gustando. Cada una cree que su mamá es la más linda, pero ahora yo voy a ser el juez.

TODAS.—¡Ya está! ¡ya está!

OTILIA.—Déjame contarte cómo es mi mamá, para que veas si tengo razón.

ADELINA, EDITH y RENEE.—¡Yo digo de la mía! (*Siempre alborotadas*).

MARTA.—¡Despacio! Tú, Adelina, te irás a la pieza de al lado: sobre el escritorio encontrarás pluma y papel, y escribirás en pocas palabras cómo es tu mamá. No vengas hasta que te llame.

ADELINA.—Bueno: ya van a ver. (*Sale*).

MARTA.—Como los jueces tienen siempre que escuchar a los testigos, ustedes que la conocen, me dirán cómo es la mamá de Adelina.

OTILIA.—¡Es bajita, bajita!

EDITH.—¡Ajá! ¡parece una nena!

RENEE.—¡De veras! ¡Si casi da risa!

MARTA.—Entonces no será tan linda.

TODAS.—¡Qué va a ser!

MARTA.—¡Silencio, ahora! ¡Adelina, ven! (*Llamando*).

ADELINA.—(*Entrando*). Aquí está lo que escribí.

MARTA.—Lo pones en esa caja (*una preparada sobre cualquier mueble*); todo debe hacerse con perfecta legalidad. Ahora te vas tú, Otilia.

OTILIA.—¿A escribir cómo es mi mamá?

MARTA.—¡Claro! Y a no poner mentiras, ¿eh?

OTILIA.—¡Por supuesto! (*Se va muy contenta*).

MARTA.—Señores testigos, ¿qué datos me dan sobre esa señora?

ADELINA.—¿La mamá de Otilia? (*Con reticencia*).

MARTA.—Sí.

ADELINA.—Es tan grandota, que no pasa por esta puerta.

MARTA.—¡Jesús!

EDITH.—¡De veras: es enorme!...

RENEE.—¡Una mole!

MARTA.—¿No merecerá el premio, entonces?

TODAS.—¡Qué esperanza!

MARTA.—Ya puedes venir, Otilia.

OTILIA.—Este es mi informe.

MARTA.—En aquella caja. Le toca a Edith.

EDITH.—Me voy, (*contenta*).

MARTA.—¿Y?... (*A las otras*).

OTILIA.—¡Pobre señora! Esa no se debía contar.

ADELINA.—Por cierto: es casi una burla

RENEE.—Una crueldad: ¡llamarle linda!...

MARTA.—(*Con extrañeza*). ¿Por qué? ¿qué tiene?...

TODAS.—¡Es renga!...

MARTA.—¡Pobre! ¡como para lucirse!

OTILIA.—Camina así (*imita*).

ADELINA y RENEE.—(*Simultáneamente, imitando de otra manera*). No, señor, así.

MARTA.—¡Basta! No debe hacerse burla de esa desgracia.

ADELINA.—Como tú nos preguntaste... (*avergonzada*).

RENEE y OTILIA.—¡Por eso!... (*idem*).

MARTA.—Bueno: yo no sabía, pues: Cállense; no vaya a oír. (*por Edith*). ¡Edith! (*Llamando*).

EDITH.—(*Entrando*). Aquí está mi declaración.

MARTA.—A guardarla, y que vaya la que falta.

RENEE.—Soy yo. (*Se va muy ufana*).

MARTA.—(*A las otras*). ¿Qué me dicen?

ADELINA.—¡Ah! yo no digo nada: sería el colmo.

OTILIA.—Yo menos: ¡qué compromiso!

EDITH.—¡Pues lo que es por mí!... Me he vuelto muda.

MARTA.—Pero ¿por qué? ¡Digan lo que sepan! ¡total!...

TODAS.—(*Como cavilando*). Es que...

MARTA.—Bueno, digan, si nó, me enojo.

ADELINA.—(*Con resolución*). ¡Que es negra! ¡ahí está!

MARTA.—(*Con asombro*). ¿Negra? ¿De veras?

OTILIA.—¡De mota! ¡por Dios!

EDITH.—Bueno, no sean exageradas: tan negra no es.

MARTA.—¡Ah! ¿no ven? Como yo no las conozco...
¡Renée!... (*Llamándola*).

RENEE.—(*Entra*). ¿Lo guardo? (*Por el papel*).

MARTA.—No: dámelo con todos los otros. (*Se los da*).
Ahora veré lo que dice cada una, y después daré el fallo.

TODAS.—(*Simultáneamente*). Yo gano.

MARTA.—¡Calma! ahora veremos. ¿Recuerdan todas lo que pusieron?

TODAS.—¡Yo, sí!

MARTA.—Entonces cada una lo dirá, y yo iré leyendo todo con mucha legalidad: habla, Adelina.

ADELINA.—(*Recita y las otras se hacen señas y se sonríen; lo mismo en las demás que reciten*):

“Mi mamá es chiquitita,
pero tan bella,
que hasta las flores sienten
envidia al verla:
y aunque fuese muy fea
yo la querría,
porque... ¡es tan buena!...”

MARTA.—¡Muy bien! Se ve que la quieres mucho.

TODAS.—¡Ah, eso es claro!...

MARTA.—(*Imponiendo silencio*). ¡Chitón! Que lea Otilia.

OTILIA.—“Tan noble y arrogante
como una reina,
es mi mamá, y hermosa
como una perla:
y aunque no fuese linda,
por ser tan buena
yo la querría”

MARTA.—¡Bravo! También tú la quieres.

TODAS.—¡Natural!

MARTA.—Habla, Edith.

EDITH.—“Mi mamita es preciosa;
muy rubia y blanca
y al caminar se mueve
con mucha gracia:
y si no fuese bella
yo la querría
por dulce y buena”.

MARTA.—¡Todas el mismo cariño!

TODAS.—¡Qué novedad!

MARTA.—¿Qué dices, Renée?

RENEE.—“Mi mamá es trigueñita,
de ojos muy negros;
blanca la dentadura
rizado el pelo;
y aunque hermosa no fuera
yo la querría
sólo por buena.”

MARTA.—Así que según veo, todas ustedes tienen razón, y cada una tiene la mamá más linda.

TODAS.—¡Eso no puede ser!

ADELINA.—Tú dirás para quién es el ramo.

TODAS.—¡Claro! ¡dilo!

MARTA.—Tan sólo ahora comprendo por qué papá se empeñó en comprar cuatro ramos, en vez de uno, cuando yo le expliqué mi plan. Me dijo que si eran cuatro mis amiguitas, cuatro habían de ser los premios.

OTILIA.—¿Cómo? ¿un premio a cada una?

TODAS.—No puede ser.

MARTA.—Sí, mis queridas: para cada una hay un ramo dentro de esa habitación. (*Señalando otra puerta*)

que no sea la del escritorio). ¡Todas las mamás son las más lindas para sus hijos! ¡Quieres dármelos Edith (o la que esté más próxima al lugar).?

EDITH.—(*Se va, y vuelve en seguida con los ramos*). Toma.

MARTA.—(*Tomándolos*). Gracias. Aquel también (*por el primer ramo*).

ADELINA.—(*U otra que esté cerca*). Aquí está.

MARTA.—(*Les va dando sucesivamente el ramo, las abraza y las besa, diciéndoles*): Para tu mamita linda y buena.—Y para la tuya... (*Después se pone de cara en la almohada llorando*).

RENEE.—Bueno; no llores y escucha: Si mis amiguitas están conformes, vamos ahora a casa a llevar los regalos, y más tarde cada una vuelve con su mamá para que la conozcas.

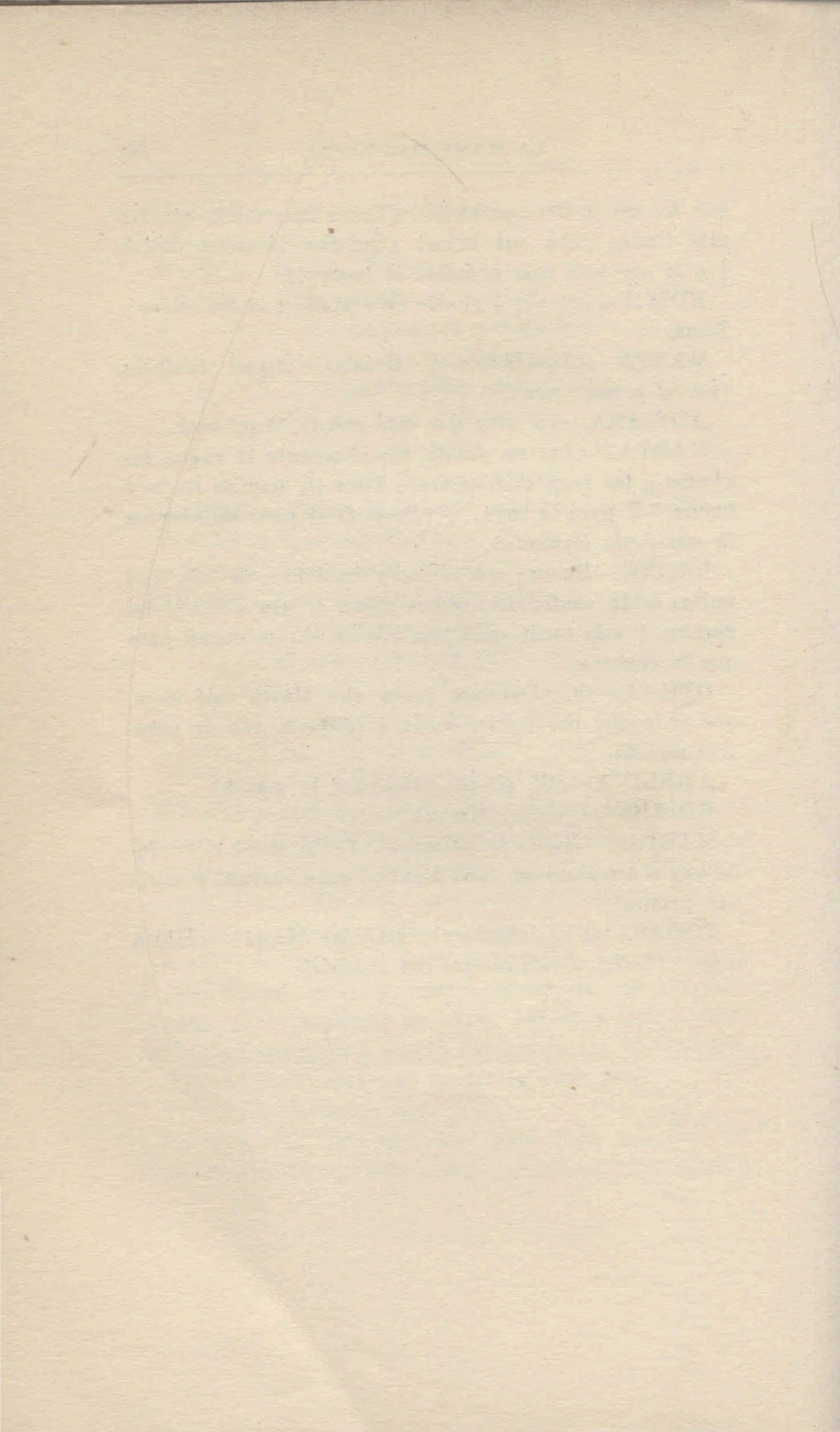
OTILIA.—Sí. ¡Después, hasta que Marta esté sana, que cada día, por turno, venga a cuidarla una de nuestras mamás.

ADELINA.—¡Sí, sí! ¡le prestamos la mamá!

EDITH.—¿Quieres, Marta?

MARTA.—(*Batiendo palmas*). ¡Ya lo creo! ¡Qué feliz voy a ser siquiera unos días! ¡Vayan, vayan, y vuelvan pronto!

TODAS.—(*Con algazara*). ¡Adiós, Marta! ¡Hasta luego! (*Salen al tiempo que cae el telón*).



Las Composiciones

Pieza en un acto

PERSONAJES:

LA MAESTRA

ANATILDE

ELVIRA

LOLA

MARIA ROSA

} Niñas entre 11 y 13 años, alumnas
de grado adelantado.

(La acción en patio o salón de una escuela, a la salida de clase. Las niñas llevan delantal blanco, y carteras con útiles. La maestra lleva el delantal colgado del brazo, como si acabara de quitárselo.)

Las Composiciones

ESCENA I

Anatilde, Elvira, Lola, María Rosa

MARIA ROSA.—¿Qué les puso la señorita en la composición sobre “Las Madres”?

ELVIRA.—Un *cinco* miserable. Dice que la hice muy corta, pero a mí no me da por escribir; en seguida se me termina la inspiración.

LOLA.—En cambio, yo se la hice bastante larga y me puso un cero. (*Con despecho*).

TODAS.—¿Un cero?...

M. R.—...¿Y cómo?

ELV.—¡No digas!

(*Simultáneamente*).

LOLA.—Sí, m'hijitas: un cero bien redondo; vean. (*Saca un papel de entre unos cuadernos de la cartera; las demás se acercan y miran*).

MARIA ROSA.—¡Ajá!...

ANATILDE.—¡Cierto!...

ELVIRA.—¡Qué cosa!

ANATILDE.—Y ¿por qué?...

} (*Simultáneamente
con extrañeza*).

LOLA.—Miren, les voy a decir la verdad: mi hermano me ayudó a hacer la composición, y ella ¡ni que fuera bruja! se dió cuenta.

MARIA ROSA.—¡Ah! entonces es claro.

ELVIRA.—Si te la hicieron...

(*Anatilde se habrá mostrado inquieta, apartándose del grupo, como mirando cualquier cosa, pero escuchando con disimulo*).

LOLA.—No; hacérmela no; me la arregló, me agregó algunos párrafos, algunas frases lindas...

MARIA ROSA.—¡Bah! ¿y te crees que la señorita no sabe lo que cada uno es capaz de hacer? ¡Como para engañarla!...

LOLA.—Es cierto. Vean lo que puso: (*lee en el papel; las otras, excepto Anatilde, miran*). “Trabaje sola, que este no es su estilo. Los remiendos déjelos para la ropa”.

ELVIRA.—¿Y ahora?...

MARIA ROSA.—Ahora Lola tendrá que hacerla otra vez, y...

LOLA.—(*De mal humor*). ¡Yo no hago nada!...

MARIA ROSA.—¿Por qué? Mira, yo también la haré de nuevo.

ELVIRA.—¿También tienes mala nota, María Rosa?

MARIA ROSA.—Tan mala no; tengo ocho, pero me puso una observación (*revuelve la cartera hasta sacar un papel*). “Procure tener en cuenta las correcciones y rehaga la composición. Usted puede hacer un trabajo muy bueno”. (*Leyendo*).

LOLA.—¿Y lo vas a hacer?...

MARIA ROSA.—Por lo menos voy a intentar. Tú también deberías hacerlo, Elvira.

ELVIRA.—A mí no me puso que lo repitiera.

MARIA ROSA.—No importa; igual te levantará la nota. Y tú no debes encapricharte: ahora ya estás es-

carmentada, y es mejor que te dejes de hacer pruebas. (A Lola).

LOLA.—(Como accediendo). En fin, vamos a probar.

ELVIRA.—(A su vez convencida). Yo también haré lo que pueda. ¿Y aquélla? (Por Anatilde).

MARIA ROSA.—¿Y tu composición, Anatilde? (A ésta).

ANATILDE.—(Turbada). Este... ¿el qué, María Rosa? ¿mi composición?... La señorita no me la devolvió. Me quedo a pedírsela.

LOLA.—Bueno: entonces yo me voy. Hasta mañana...

ELVIRA.—Espérame, que vamos juntas (a Lola).

MARIA ROSA.—Si Anatilde se queda, yo también voy con ustedes.

LAS TRES.—Hasta mañana, Anatilde.

ANATILDE.—Hasta mañana; que les vaya bien.

MARIA ROSA.—Igualmente

LOLA y ELVIRA.—Adiós

(Simultáneamente).

ESCENA II

(Anatilde sola. Es algo entonada).

ANATILDE.—¡Qué papelón, si conoció también que eso no lo escribí yo!... A lo mejor lo de Lola estaba mal arreglado, por eso le dijo lo de los *remiendos*. Mi composición no es así, porque la saqué enterita de un libro de quién sabe cuándo, que la señorita ni lo conocerá, pero...

Bueno; me alarmo de gusto, porque lo más seguro es que no se haya fijado. Sólo que me extraña que hayan repartido todas las composiciones menos la mía...

En fin; yo no se la voy a pedir. Le diré que me he quedado para decirle lo que me pasa con el chicuelo ese, y nada más.

Ahí viene (*por la maestra*).

ESCENA III

Anatilde y la maestra

MAESTRA.—¿Quería hablarme, Anatilde? Es casualidad, porque yo también la necesitaba a usted.

ANATILDE.—(*Turbada*). ¿A mí?... ¿para qué, señorita?...

MAESTRA.—Dígame usted lo que deseaba; después se lo diré yo.

ANATILDE.—Yo quería decirle, señorita (*al principio cohibida; después con más desenvoltura, y hasta con altanería*) que el chicuelo ese que se sienta en el primer banco, es un atrevido y un cachafaz.

MAESTRA.—(*Con calma, pero con cierta severidad*). ¿Pedrito?

ANATILDE.—¡Pedrito o como se llame! Yo no me intereso por su nombre.

MAESTRA.—Hace muy mal. Pedrito es su compañero de clase, y usted debe respetarlo y hasta quererlo.

ANATILDE.—Usted dice eso, señorita, porque no sabe que ese chico es ladrón.

MAESTRA.—(*Con extrañeza*). ¿Quién lo ha dicho? No se debe afirmar una cosa así, sin estar bien seguro.

ANATILDE.—Yo lo estoy, señorita. Hace tiempo que me viene faltando la comida; hoy un sandwich, mañana una masita, otro día unos bombones. Alguna vez también se me ha perdido el lápiz y después se lo he visto a él; pero me da fastidio decir nada.

MAESTRA.—Mal hecho; debió avisarme en seguida, y hubiéramos evitado que el mal avanzara.

ANATILDE.—Hoy lo pillé abriendo mi cartera. Cuando se vió descubierto, porque yo entré al salón por casualidad, se escapó como un relámpago, pero yo dije que se lo contaría a usted.

MAESTRA.—En fin; le aseguro que siento muchísimo lo que pasa, y que tengo una gran lástima a ese pobre niño.

ANATILDE.—¿Lástima? Yo no.

MAESTRA.—Porque usted no sabe todo el drama de la vida de Pedrito (*con tristeza*). Bueno (*cambiando de tono*), yo le prometo arreglar este asunto; y ahora pasemos al otro, que se hace tarde.

ANATILDE.—(*Turbada*). ¿Qué me iba a decir, señorita?

MAESTRA.—(*Con naturalidad*). Quería darle la composición que no le entregué hoy. (*La saca de un bolsillo del delantal*).

ANATILDE.—(*Alargando la mano para tomarla*). Bueno, señorita.

MAESTRA.—(*Sin dársela, con severidad*). ¿De dónde sacó todo eso que ha escrito?

ANATILDE. — (*Siempre turbada*)... Este... ¿El qué, señorita?...

MAESTRA.—(*Con energía creciente*). Le pregunto de dónde copió su composición; contésteme inmediatamente, que para decir la verdad no se necesita pensar.

ANATILDE.—(*Con la cabeza baja, muy avergonzada*). La copié de un libro, señorita; discúlpeme por esta vez. (*Llora*).

MAESTRA.—¿Que la disculpe? ¿y cómo?... ¿No era usted la que hace un momento encontraba extraño que me compadeciera de Pedrito?

El robó; es la triste verdad, pero robó; porque la alimentación mercenaria que recibe en casa de extraños — porque es huérfano—no basta a saciar su hambre; robó porque no le dan, ni puede comprar un lápiz cada vez que lo pierde o lo gasta; robó, en fin, porque carece de un hogar moral en que le inculquen buenos hábitos...

ANATILDE.—(*Suplicante, entre sollozos, y con la cara oculta por el pañuelo*). ¡Se-ño-ri-ta!...

MAESTRA.—(*Sin tenderla*). Y usted, Anatilde, usted también robó, pero con la diferencia que en vez de hacerlo por hambre, lo hizo por pereza; en vez de verse impulsada por la escasez, usted lo fué por la vanidad.

ANATILDE.—(*Como antes*). ¡Ay!... ¡se-ño-ri-ta!...

MAESTRA.—Usted tuvo pereza de esforzarse y de trabajar para hacer su composición; usted quiso, no obstante, hacer creer que escribía elegantemente, y entonces tomó un libro, y le robó al autor unas páginas. Su acción es más fea que la de Pedrito.

ANATILDE.—(*En una tregua al llanto, pero hablando con emoción*). ¡Oh, sí, señorita; pero yo nunca olvidaré esta lección!... Yo perdono a Pedrito, pero ¡perdóneme usted a mi también, señorita!... (*Vuelve a llorar*).

MAESTRA.—(*Atrayéndola a sí*). Es claro, que la perdono. No llore más. (*La acaricia*). Entre las dos vamos a procurar los medios de que el pobre Pedrito—que sólo tiene 10 años, y es inteligente y bueno en el fondo—no siga en el mal camino.

ANATILDE.—(*Efusiva, sin llorar*). ¡Sí, sí, señorita! Haré todo lo que usted me diga. La ayudaré en todo lo que pueda...

MAESTRA.—Bien; vamos a salir por aquella puerta, que el portero ya cerró la otra. Tranquilícese, y no se hable más de todo eso. Vamos.

(*Salen muy unidas, por el lado contrario al que salieron antes las otras niñas*).

FIN.

Corazón de Luz

(Escenita)

LIVIA, niña de unos doce años, aparece sentada en el escritorio. Durante unos momentos escribe; después seca lo escrito, toma papel, se levanta, y avanza a primer término. Como hablando consigo misma. (*Lee:*)

“Mamá, mamita:

Acabo de llegar, y entré sin que me vieras. Ya es casi de noche y temo que te disgustes por mi retardo.

Además... no sé cómo confesarte lo que me sucedió... y resuelvo escribirte, y acostarme, porque no tengo apetito para cenar. Tú encontrarás la carta, y vendrás a mi camita a traerme el perdón, ¿cierto, mamita mía buena?...

Ahí tienes el caso y tú me juzgarás:

He pasado un hermoso día en la casa de mis amigas. Al despedirme pusieron en mis manos un gran ramo de flores para tí, y una canastita con cerezas para los nenes.

Salí contenta, segura de que me agradeceríais los regalos, y, sin embargo... ¿sabes, mamá querida?... ¡he llegado a casa con la canasta vacía, y vacías también mis manos!...

¡Estoy tan afligida!... No te enojés, que voy a explicarme para que veas que la casualidad tuvo la culpa.

Tú sabes que de la quinta a casa, hay un largo camino que recorrer. A poco andar, — ¡date cuenta, que peligro! — me veo un chiquito como de dos años, gordínflón, sonriente, (¡y de sucio!...) sentado en medio de la calle, casi tapado de tierra. Quise llevarlo hasta la vereda, y averiguar de donde era, y empezó a chillar en una forma, que, a no ser por unas cuantas cerezas, no lo arranco de allí.

Sigo mi viaje: frente a un conventillo un montón de chiquilinas jugaba a las escuelas ¡una monada!... Les repartí cerezas... Poquitas, ¿eh? no creas que fué gran cosa...

Bueno: todavía quedaban tantas que ni nadie se hubiera dado cuenta de que faltaban, y si no tropiezo con los canillitas endemoniados... ¡qué cosa! Me los encuentro jugando a los cobres, y ni a diez años alcanzaba ninguno. Para que dejaran un juego tan feo, les ofrecí un ramito de cerezas a cada uno, si se iban a sus casas... ¡Nunca lo hubiera dicho!... Se me abalanzaron sobre la canasta, las cerezas se desparraman por el suelo, y ellos... ¡a “arrebatiña” limpia!... Gracias que pude escapar salvando por lo menos las flores... ¡Qué bárbaros!... Pero también, pobres chicos, ¿qué van a saber de educación, criados así en la calle?...

En fin: estaba de Dios que no había de traer nada. Me cruzo con la negra Zoila. “Del jardín vengo, mi niñita — me dice — de comprar un ramito para llevarle mañana al cementerio a la finadita”. ¿Recuerdas, mamá, que una nieta se le murió de difteria?... ¡pobre vieja!... Y es de imaginar las flores que le habrán dado por una miseria! ¡si eran yuyitos!... Le tuve lástima, mamita, de veras, y... ¡le dí el ramo que te traía

a ti, escapándome en seguida para que no me lo devolviera!...

Y ahora ya lo sabes todo. Mañana iré a buscar otra vez flores y cerezas, ¡y lo traeré todo, mamá, todito!...

Perdona a tu

LIVIA.

(Dobla y ensobra la carta).

¡Ajá! Me parece que, aunque de momento se enoje, después de leer comprenderá que no tengo tanta culpa, y me va a perdonar.

Voy a poner la carta donde sea fácil de encontrar. Con tal que ahora no me vea... *(Sale por la puerta lateral derecha, vuelve al ratito, y dice:)*

Ya está. No me vió. Ahora, a dormir. *(Mutis por izquierda).*

(Queda un ratito la escena sola. Después aparece la mamá, por la derecha, con el papel en la mano).

—No, aquí ya no está: se habrá acostado... ¡Mi Livia querida!... *(Se asoma por izquierda, y dice:)*

¡Duerme!... Le dejaré la respuesta bajo la almohada. *(Se sienta en el escritorio, escribe un instante, y después lee:)*

“Ángel mío:

He entrado a traerte nó mi perdón, sino las gracias por el bien que me has hecho.

Sueña, sueña, adorada hijita mía; sueña que traes otra vez flores y cerezas, y que no llegan tampoco a casa, donde no se necesita más regalo que tu corazón de luz.

Te bendice.

TU MADRE.

(Mientras dobla el papel, hace mutis por izquierda, y baja el telón).

Pestalozzi

Anécdota dramatizada

PERSONAJES:

PROLOGO.—Niño o niña sin caracterizar.

GUILLERMO.—12 años

EDUARDO.—8 años

Niños discípulos de Pestalozzi: pálidos, delgados. Visten miserablemente pantalón semilargo; chaqueta o camisa rota, una manta o bufanda íd. Descalzos.

PESTALOZZI y grupo de discípulos, hablan desde el interior, o detrás de un biombo.

Perkins
Amos Perkins

1850

Amos Perkins, a son of Amos Perkins

Amos Perkins, a son of Amos Perkins

Amos Perkins, a son of Amos Perkins

Amos Perkins, a son of Amos Perkins

Amos Perkins, a son of Amos Perkins

Amos Perkins, a son of Amos Perkins

Amos Perkins, a son of Amos Perkins

Amos Perkins, a son of Amos Perkins

Pestalozzi

ESCENA I

(Aparece un niño o niña frente a la cortina o telón que oculta la escena subsiguiente).

PROLOGO. *(Con naturalidad, recitado o leído).*

Rememoramos hace unos meses el primer centenario de la muerte de Pestalozzi. En clase se nos dijo que fué un maestro bueno ¡muy bueno! que quiso a los niños como un padre, y que por amor a ellos se sacrificó durante toda su vida. Nos explicaron cómo era de monótona, de aburrida y de triste la escuela, antes de que Pestalozzi, allá en Suiza, empleara las cosas y las láminas que hoy son el encanto de las lecciones en todo el mundo civilizado. Por ello, y a pesar del tiempo transcurrido, los niños de todos los países dedicaron en este día un recuerdo cariñoso al buen maestro suizo, considerado benefactor de la humanidad. Dramatizando la conocida anécdota en que los huérfanos recogidos por Pestalozzi en la escuela de Stanz, con todo y sufrir hambre y frío ellos mismos, le piden que se haga cargo también de los niños de la vecina aldea de Altdorf, que acaba de ser devastada, llevaremos hasta el corazón de los niños de ahora, un poco de gratitud hacia el viejo pedagogo, cuyo recuerdo no debe morir. (*Mutis*).

ESCENA II

(La escena desmantelada: sobre un cajón aparece sentado Guillermo, los codos en las rodillas, y la cara entre las manos. Entra Eduardo soplándose los dedos, como con frío; al ver a Guillermo se acerca despacio, y le pone la mano en el hombro. Hablan ambos cariñosamente, con voz un poco apagada).

EDUARDO.—¡Guillermo!... ¿estás llorando?...

GUILLERMO.—(Alzando la cabeza). ¡Hola, Eduardo!... ¡No, no lloraba, pero estaba triste!

EDUARDO.—Yo también... ¡y tengo un hambre!...

GUILLERMO.—¿No comiste?...

EDUARDO.—Un poco de pan, pero...

GUILLERMO.—(Sacando un mendrugo del bolsillo). Toma; aquí tienes el mío. Algo te aliviará.

EDUARDO.—(Vacilando en tomarlo)... ¿Y tú?

GUILLERMO.—¡Bah! yo soy más grande y puedo resistir. No tengo ganas siquiera. Come.

EDUARDO.—(Tomándolo y mordiéndolo ávidamente). Gracias. (Pausa).

GUILLERMO.—(Tiritando). ¡Qué frío!...

EDUARDO.—Mi manta abriga más, ¿quieres que cambiemos?...

GUILLERMO.—¡No, hombre, no! Ya te he dicho que yo soy grande, y tengo más fuerzas. (Transición). ¿Sabes qué nos dijo el maestro?

EDUARDO.—¿Qué?

GUILLERMO.—Que el pueblo de Altdorf ha sido saqueado; ha muerto mucha gente y hay niños abandonados...

EDUARDO.—¡Pobrecitos!... ¡como antes nosotros!..,

GUILLERMO.—¡Lo mismo!... (*Transición*). ¡Escucha!... (*Se oyen voces adentro*).

EDUARDO.—(*Escuchando*). ¿Qué dicen?...

(*De adentro recitan lo que sigue. Guillermo y Eduardo abrazados muy juntos, permanecen inmóviles hasta el final*).

VOCES.—(*Un grupo numeroso de niños recitará con lentitud, claridad y expresión*:).

—“Maestro, tú que fuiste aun más que padre nuestro;
Tú que nos amparaste, escúchanos, maestro;
Sé como fuiste siempre, sensible a nuestra voz:
Huérfanos infelices nos hizo ayer la guerra,
Y la inmensa ternura que en tu pecho se encierra
Nos dió pan, nos dió abrigo, virtud, ciencia y amor...

Porque tú fuiste bueno, somos nosotros buenos,
Y como tú, sufrimos los dolores ajenos...

¡Maestro! la desgracia se cierne sobre *Altdorf*:

Sus familias dispersa, sus hogares arrasa...

¡Y sus huérfanos lloran!... Ábreles esta casa,

Y ábreles ¡oh, maestro! también tu corazón...”

PESTALOZZI.—(*Voz de hombre; debe hacer este papel un maestro. Teniendo en cuenta que el personaje no aparece en escena, no habrá dificultad*).

—“Mi corazón y el vuestro padecen un mal mismo;

No conocen temores, ni interés, ni egoísmo,

Y desechan dictados de la sabia razón:

Nuestra casa es mezquina; nuestra pobreza es mucha,

Si somos más ¿qué haremos para aguantar la lucha

Contra el hambre y el frío, que ya nos vencen hoy?...”

VOCES—

“¡Maestro, partiremos techo, manta y mendrugo!

PESTALOZZI—

¡Hijos: que vuestro anhelo se cumpla!... al cielo plugo
Premiar mis sacrificios con vuestra santa acción!...

VOCES—

¡Gracias, gracias, maestro,
Padre y bienhechor nuestro!...

PESTALOZZI—

¡Bendícelos, Señor!...”

(*Telón*).

¡Por vivir en conventiyo!...

(Diálogo cómico)

PERSONAJES:

Doña ELEUTERIA, criolla de mediana edad, madrina de GABINO, paisanito joven.

Pieza modestamente arreglada, pero con pretensiones: un florero con gran ramo de flores artificiales de colores chillones, o algún otro detalle que acuse mal gusto. Doña Eleuteria vestirá de acuerdo con esta característica: sin lujo ni elegancia pero deseando lucir. Gabino, vestido a la usanza del campo: bombachas, medias encima de ellas, zapatillas, faja en la cintura, blusa y boina o chambergo; ponchito corto al brazo. Al levantarse el telón, los dos estarán ocupados en poner en una canasta o valija ordinaria, ropa que estará desparramada sobre los muebles.

¡Por vivir en conventiyo...!

GABINO.—(*Tirando al suelo con rabia, sucesivamente, un cuello duro, unos tiradores y un rancho de paja*).

¡Amalaya tuitas las pilchas de los puebleros cajetiyas!...

Doña ELEUTERIA.—No siás guaso, Gabino... ¿pa qué hacés así?...

GABINO.—¿No ve, pué, madrina, que áura me voy pa mis pagos y no preciso más disfrazarme, hasta los carnavales?

Doña ELEUTERIA.—¡Pero, m'hijo, no sea así! Vista sé como la gente, por lo menos mientras esté en la suidá. Comprienda m'hijo, que el ahijao de don Nemesio Bustos y de doña Eleuteria R. de Bustos no puede trajiarse como un insinificante paisanito: l'unico que le faltaría pa dentrar a hablar incendios a tuita la chusma e la vecindá. No deje, m'hijo, que pongan en ridículo a sus padrinos de óleos.

GABINO.—¿Pu eso no má?

Doña ELEUTERIA.—¿Y de no? Ansina es la gente ordinaria: capás de tomarse de un pelo pa difamar a los que envidea.

GABINO.—¿Y yo qué le vi'a hacer?

Doña ELEUTERIA.—Es por las convenencias: den-de qu'el marido é autoridá, una debe conocer su importancia y darse su lugar, pa respetar aunque más no sea l'uniforme. Hay que cuidarse del "qué dirán", pues

m'hijo; un agente e la policia e la capital no es cualquier cosa.

GABINO.—Si yo no desprecio, madrina; pero ¿no ve que me vi'a dir de noche y ninguno se va a fijar? ¡Dejemé! yo no puedo más de estos días de Güenos Aires; ¡el cueyo acartonao! (*señala con el pie*); ¡fijesé cómo tengo el pescueso!... ¡parezco cordero degoyao!... ¡Ufa! ¿y el trabajo pa prienderlo?... ¿qué me dice?...

Doña ELEUTERIA.—¡Ajá! ¡quejesé entuavía! no le ayudamo a vestirse, su padrino y yo, tuitas las veces?

GABINO.—¿Y de áhi? ¿yo qu'iba a saber, si nunca me había disfrasao ansina? ¡Tienen güeltas los de la siudá!: el pajizo (*por el sombrero*) duro como vincha e fierro, y con l'ala trompezadora; los tiradores, en vez de cinto, que se andaban siempre aflojando, y una güelta cráiba que se me cáian lo pantalone.

Doña ELEUTERIA.—De desconfiao no más, que bastante te lo asujetamo antes, con alfileres de gancho pa que no te vieras en compromiso, pué.

GABINO.—¡Lo alfileré! ¡Otra cosa linda! ¡m'hinqué como mil vece!...

Doña ELEUTERIA.—¡Qué barbaridá! ¡Cómo sos de atrasao, Gabino! Ni mesmo rejuntándote con gente distinguida como nojotro—no es que yo sea alabanciosa, pero la verdá é la verdá—te se ha pegao un tanto así (*la uña del pulgar en el diente*) de finura.

GABINO.—¿Y qué le ví hacer?... A mí, démen el campo; démen andar en mi Moro dende tempranito, y no dejarlo ni pa dir a comer. El sí que me comprende, y se para cuando yo quiero; en vez, en los antomóviles y los tranváises tiraos por mandiga en persona, uno no sube ni se abaja más que cuando el gringo, que ni rienda tiene pa manejar, se le da gusto y gana.

Doña ELEUTERIA.—Se para en cada esquina, pué.

GABINO.—¿Qué esquina? ¿El boliche? ¡Si en tuitas las puertas hay uno, con pura plantita y puro firulete! Padrino m'hizo dentrar en uno: había que subir, porque la casa dende fuera parecía una estantería grandota y los copetines los servían en el estante de arriba, ¿no? Bueno; en vez de tomar la escalera, nos metimo apretaos con otros marchantes, en un calabozo tuito enrejao: “¿P'ande vamo?”, le pregunto a padrino. “¿P'arriba; cayáte”, me contesta, y de un redepente dentra a subir todito, como balde e poso. Yo no vide sogá, ni vide naide que arrempujara y me pegué un susto, que agarré y grité: “¡máma!...” La gente se ráiba con toda su alma; estuve por romperles a todos la jeta por disgrasiao, pero padrino no me dejó.

Doña ELEUTERIA.—¡Por Dios! ¡Qué papelón! ¡La suerte que Nemesio estaba franco y andaba de civil, que si va de uniforme!...

GABINO.—¿Y qué tiene? Dispués me dan un posiyito ansina (*señala*) de te, y una masita como nuece, que de tocarla no más s'aplastaban y chorriaban. Me limpeo con la manga... ¿qu'iba a hacer? ¡Y padrino que se m'enoja!

Doña ELEUTERIA.—(*Riendo*). ¡Qué barbaridá! ¡Pero, muchacho!...

GABINO.—¡No se ráiga usted también! ¡M'hubieran dao mi mate cocido y mi gayeta! ¡qu'embormar!

Doña ELEUTERIA.—Bueno (*palmeándolo conciliadora*), no t'enojés, y arreglate la canastra que si hace tarde; no vayás a perder el tren.

GABINO.—¡Tengo unas ganas de yegar a casa!... ¿Sabe a quién estraño más?

Doña ELEUTERIA.—¿A mi comadre Ramona?

GABINO.—¡Bah!, ¡a máma, dejuro, pero a otro más, entuavía! ¡Al Moro! ¡áhi está! Cuando vea l'estación, saco la cabeza ansina por la ventaniya (*lo hace por una silla*) y le grito de lejos no más, a la vieja que me estará esperando: ¡máma! ¿y el moro?

Doña ELEUTERIA.—(*Riendo*). ¡Qué ocurrencia! ¿Qué dirá la gente?...

GABINO.—¿Qué va a decir? (*Pausa*). Bueno, madrina, hasta el verano, cuando vaya a pasiar pu ayá (*dándole la mano*).

Doña ELEUTERIA.—(*Yendo hasta la puerta*). Esperá, voy a asomarme pa ver que no ande naides en el patio: no quiero que te vean de esa facha, (*se asoma y mira por todos lados*).

GABINO.—(*Se mira y hace señales de impaciencia*). ¿Y si a mí me gusta vestirme ansina?...

Doña ELEUTERIA.—Bueno, salí áura. ¡Apuráte!

GABINO.—(*Llegando a la puerta*). Adiós, madrina; ricuerdo a padrino.

Doña ELEUTERIA.—(*Dándole la mano y empujándolo hacia afuera*). ¡Gracias, gracias! Lo mesmo a mis compadres, adiós!... (*Vuelve a entrar y se sienta*). ¡Jesús! ¡Cuánta mortificación! Siempre que áura no salga alguna vecina y lo vea! Todo eso por vivir en conventiyo, entre jentusa no más. Siempre le digo a Nemesio que es de mal tono. ¡Siquiera un departamentito!

GABINO.—(*Desde afuera, a gritos*). ¡Madrina!... ¡Madrina!...

Doña ELEUTERIA.—(*Dando un salto alarmada*). ¡Por Dios! ¡A qué güelve ese, áura?... (*va hacia la puerta*).

GABINO.—(*Gritando más fuerte, siempre desde afuera*). ¡Madrina!... ¡Madrina!...

Doña ELEUTERIA.—(*Desde la puerta*). ¡Pero! ¿qué hay? ¿Por qué gritas? ¡Vení, pues!...

GABINO.—(*Entrando*). ¡Es que vi'a perder el tren!...

Doña ELEUTERIA.—¡Acabá d'una vez! ¿Qué hay?...

GABINO.—L'iba a pedir uno d'esos taleritos blancos que tiene padrino, ¿sabe? (*hace como si manejara la varita de los agentes*).

Doña ELEUTERIA.—¿La varita? (*con extrañeza*) ¡pero si no es de él, si se la prestan, no más!

GABINO.—¿Y no me podría comprar una? Por plata no importa, porque yo tengo. (*Con voz muy alta*).

Doña ELEUTERIA.—(*Empujándolo suavemente hacia afuera*). Bueno; yo le vi a decir que te consiga una varita. Pero, decime, ¿pa qué la querés? Hablá despacio, que van a salir todos los vecinos.

GABINO.—(*Sin atender la indicación*). ¡Pa apartar la hacienda, pué! ¡Me vi'a dar más corte!... ¡Bueno, adiós! (*Se va*).

Doña ELEUTERIA.—(*Que se habrá asomado a la puerta vuelve a entrar agarrándose la cabeza*). ¡Malhaya el gauchito guarango!... ¡Tuito el patio yeno e gente!...

GABINO.—(*Desde afuera*). ¡Madrinaaa!...

Doña ELEUTERIA.—(*Desesperada*). ¿Entuavía?... ¡Cosa bárbara! (*Yendo hacia la puerta*). ¿Qué querés?

GABINO.—(*Desde afuera a gritos*). ¡Qué me consiga también un calabocito de subir, pa cuando háiga qu'arreglar el molino!...

Doña ELEUTERIA.—(*Apoyada en el marco de la puerta y secándose el sudor*). Me va a dar el mal. (*Oierra la puerta de golpe y se sienta haciendo aspavientos*).

GABINO.—(*Desde afuera*). ¡Madrinaaa!... ¡Madrinaaa!...

Doña ELEUTERIA.—(*Chilla y patalea en un ataque de nervios*).

TELON.

Cuando él sea grande...

Comedia

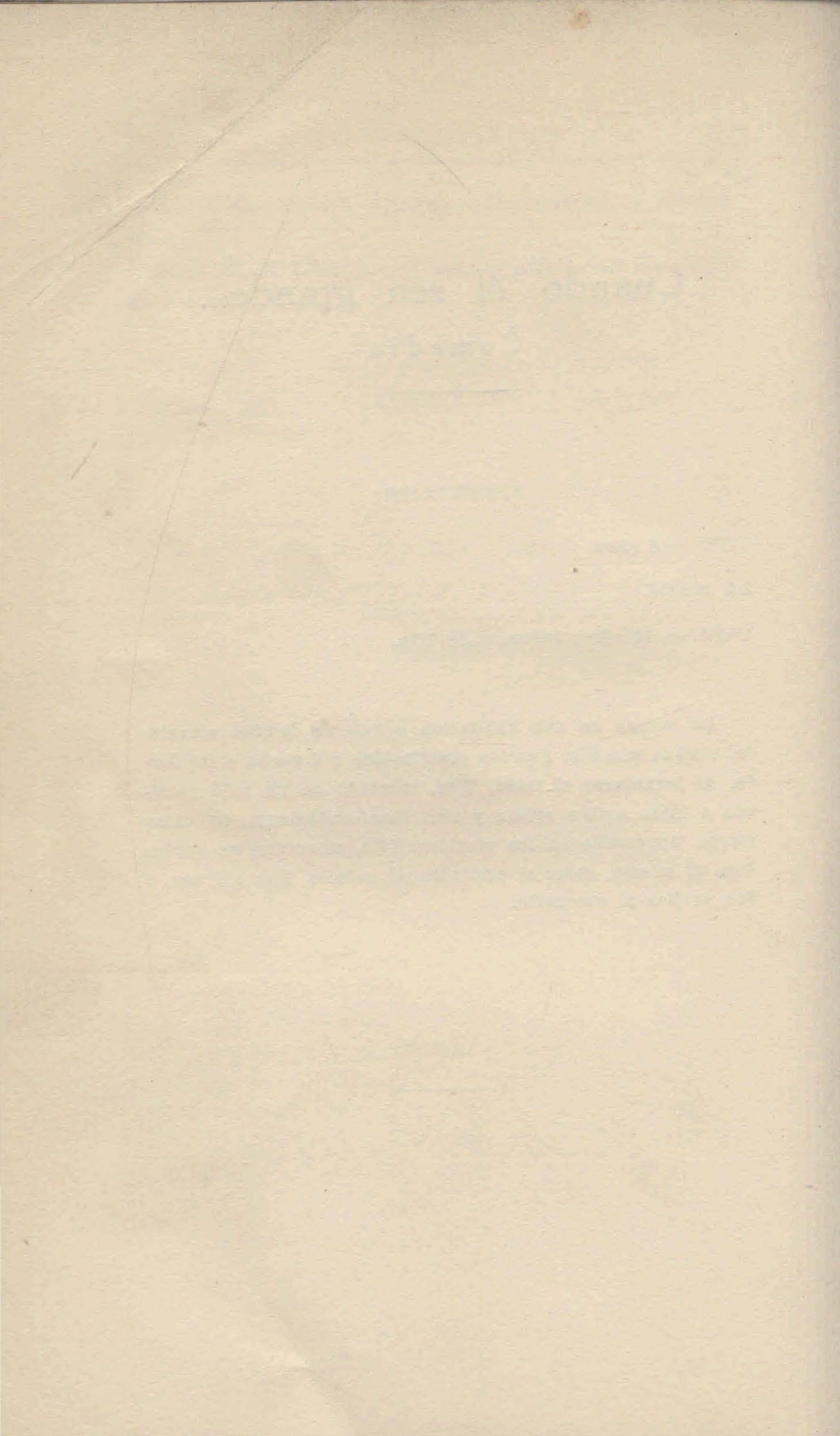
PERSONAJES:

TITO — 6 años.

LA MAMÁ.—

ELSA. — 10 años; hermana de Tito.

La escena en una habitación o hall de familia arreglada, aunque sencilla. Puertas practicables a derecha e izquierda. Al levantarse el telón, Tito, montado en un palo persigue a Elsa. Ambos gritan y ríen desaforadamente, mientras corren tropezando en los muebles. Tito, al correr, va pegándose él mismo, como si castigara al caballo. Dan así una o dos vueltas al escenario.



Cuando él sea grande...

ESCENA I

(Tito, Elsa y la mamá).

(Elsa, que se encontrará cerca de la puerta opuesta a la que dió entrada a la mamá, desaparece a las primeras palabras de ésta).

MAMÁ.—*(Entrando alarmadísima), ¡Pero hijos!... ¡por favor!... ¡se han vuelto locos!... ¡qué atrocidad! (Tito no ha tenido tiempo de salir con Elsa, y se queda un momento indeciso. La madre avanza hacia él, enojada).*

ESCENA II

(Tito y la mamá).

TITO.—*(Con gravedad cómica).* No me pegues. Ya me pegué yo.

MAMÁ.—*(Disimulando la risa).* Ustedes dos solos, dan más guerra que todo un ejército.

TITO.—*(Ha dejado el palo, y se limpia la frente con un pañuelo).* No hables de guerra, que me escondiste el fusil, porque dices que no te gusta este asunto. Elsa y yo, estábamos en clase, ¿sabés?

MAMÁ.—*(Con extrañeza).* ¿En clase?

TITO.—(*Con aplomo*). Sí: en clase... ¡de Ejercicios Físicos! (*Acercándose a la mamá y obligándola a inclinarse para abrazarla*). Bueno, mamita, ya estoy con juicio. Ahora reíte, que veo que te estás aguantando, ¡reíte!

MAMÁ.—(*Riendo y besándolo*). Bueno, zalamero, ya me desenojaste. (*Se sienta en un sofá o sillón, en primer término, con Tito en la falda, procurando que éste sea siempre el más visible para el público. Al sentarse, llama:*) ¡Elsa!... ¡Elsa!...

TITO.—¿Para qué la llamás?

MAMÁ.—Para mandarla a estudiar el piano.

TITO.—¡Dejála! Mejor que no estudie.

MAMÁ.—¡Qué ocurrencia! (*Llamando de nuevo*). ¡Elsa!... (*Baja a Tito de las rodillas, y se acerca a la puerta*).

ELSA.—(*Desde adentro*). ¿Mamá?...

MAMÁ.—Andá a estudiar el piano, hija, que hoy te toca lección.

ELSA.—(*Siempre desde adentro, pero sin gritar mucho, como si estuviera en la habitación inmediata*). Estoy pasando en limpio los problemas. Enseguidita termino.

MAMÁ.—Bueno: no te entretengas.

(*Durante el diálogo, la mamá pone un poco de orden en muebles, alfombras, etc. Tito hojea un libro, pero mira alternativamente a la madre, y hacia el lugar donde figura estar Elsa. La madre vuelve a sentarse donde estaba primero, con un tejido o costura en la mano. Tito se acerca hasta apoyarse en el respaldo; demuestra querer hablar, y no sabe cómo decir lo que desea*).

TITO.—¡Este!... ¡mamá!... ¡mamita!...

MAMÁ.—(*Trabajando, sin mirarlo*). ¿Hijo?...

TITO.—¡Este!... Mirá, mamita, aunque Elsa no haga nada, no la retes ¿eh?

MAMÁ.—(*Con sorpresa, suspendiendo el trabajo*). ¡Cómo! Entonces ¿quieres que sea una haragana, y que cuando llegue a grande no sepa ganarse la vida?...

TITO.—(*Con resolución*). ¡No importa!... ¡Para eso tiene un hermano que va a trabajar para ella!

MAMÁ.—(*Mostrándose muy interesada, y esforzándose para mantenerse seria*). ¡Ajá!... Esto me gusta mucho, pero es que yo te veo medio perezoso: recién estuve yo acomodando todo esto, y ni se te ocurrió ayudarme.

TITO.—Es que estaba distraído, pero voy a trabajar, porque hay que ganar plata para vivir.

MAMÁ.—¿Y en qué piensas trabajar?

TITO.—No quiero ser empleado, porque papito dijo el otro día que con un empleo es una *suma*, vivir.

MAMÁ.—¿Cómo?... ¿una *suma*?... ¡un *problema*, diría!

TITO.—(*Sin dar importancia al lapsus*). Sí, un problema, es igual.

MAMÁ.—Así que, no siendo empleado, ¿qué quieres ser?

TITO.—De día, trabajaré de ingeniero, y de noche voy a dar conciertos de violín.

MAMÁ.—(*Manteniéndose seria*). Son muy lindos oficios, pero pienso una cosa...

TITO.—¿Qué?...

MAMÁ.—Que no sé cómo vas a trabajar para Elsa; el otro día me dijiste que cuando fueras grande te casarías.

TITO.—¡Es claro, que me voy a casar! Para que vos no tengas que trabajar en la casa: ¡que trabaje mi mujer!...

MAMÁ.—Eso no: ya sabes que el que se cansa demasiado, se enferma ¿no oís que tu papá me encarga siempre que no me ataree?

TITO.—¡Ah, claro! Yo también la voy a cuidar a mi mujer. Tomaré unas cuantas sirvientas. Y oíme, mamita, ¿vos me vas a decir con quien me tengo que casar?...

MAMÁ.—¿Yo?... ¡No! ¡qué esperanza! Tenés que elegir vos la novia.

TITO.—(*Gritando, y con impaciencia*). ¡No, señor! ¡yo qué voy a entender de estas cosas! ¡Decímelo vos, si no, no me caso nada!...

MAMÁ.—Y bueno, yo te la voy a buscar; no nos enojemos por eso. Lo que yo te decía es que no vas a poder trabajar para tu hermana, porque cuando te cases te vas a ir a vivir a otra casa, y nosotros nos quedaremos en la nuestra. (*Tito queda un instante callado, después se da vuelta con rabia, apoya el brazo en un mueble y esconde la cara*).

MAMÁ.—(*Levantándose detrás de él, y atrayéndolo*). ¿Qué le pasa a mi pichón? ¿por qué se enojó otra vez?...

TITO.—(*A gritos entrecortados por el llanto*). ¡Por... que vos... no... querés... vivir... en mi... casa... conmigo... y con... mi mujer!...

MAMÁ.—(*Tomándolo en brazos y besándolo, mientras vuelve a sentarse con él en las faldas*). ¡Sí, tesoro, sí!... Voy a vivir en su casa, quedido; no llore más!

TITO.—(*En el mismo tono*). Y papá... también...

MAMÁ.—(*Entre besos*). También, hijo, también. Buscaremos una casa grande.

TITO.—(*Subiendo aún más la voz*)... Y Elsa, y abuelita... y abuelito... y mis tíos...

ESCENA III

(*Dichos y Elsa*).

ELSA.—(*Entrando asustada*). ¿Qué hay?... ¿qué le pasa a Tito?...

MAMÁ.—Nada; que quiere que cuando él sea grande, vivamos todos juntos con él y con su mujer.

ELSA.—(*Riendo a carcajadas*). ¡Já, já, já!... ¿por esto?...

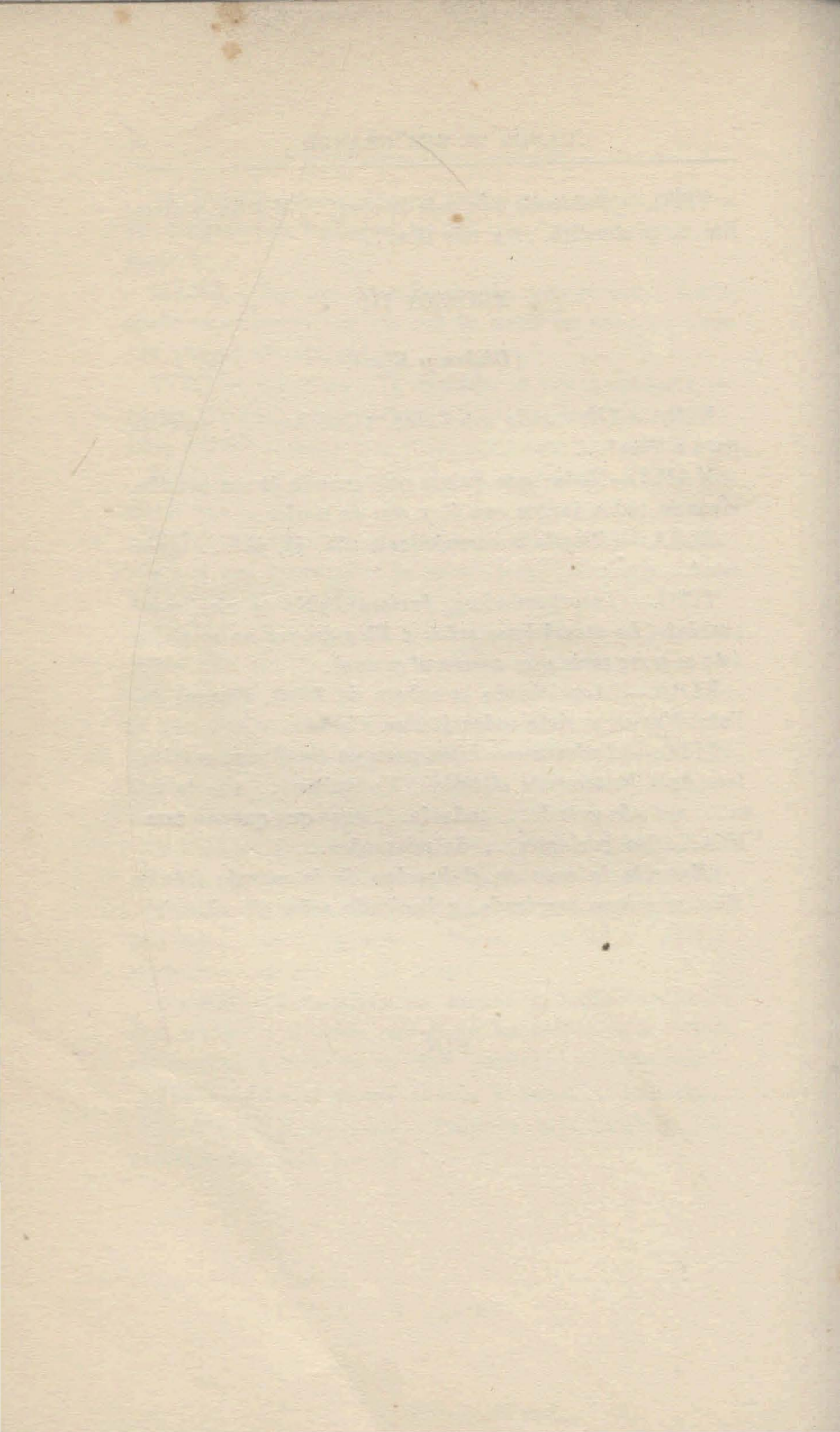
TITO.—(*Incorporándose, furioso*). ¡No te rías, vos! ¿sabés? (*La mamá hace señas a Elsa de que no se ría, y ésta se pone seria y se acerca al grupo*).

ELSA.—(*Acariciando la cabeza de Tito*). Bueno: callate. Vamos a vivir todos juntos. Callate.

TITO.—(*Todavía con hipo, pero ya sin llorar, y mientras baja lentamente el telón*). Yo quiero... que la casa... sea más grande... todavía... para que quepan **tam** bién... los parientes... de mi mujer...

(*Esconda le cara en el hombro de la mamá; ésta y Elsa se miran sonriendo, y haciendo señas de silencio*).

FIN.



Un banquete imaginario

(Diálogo)

Original de la Sta. JUDIT UGO

PERSONAJES:

SANTIAGO

RUPERTO

}

Canillitas de 8 ó 10 años.

(La escena representa una calle. Los actores entran simultáneamente por laterales opuestos, y aparentan estar frente a una vidriera de fiambrería, cuando al encontrarse, se detienen).

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

1900

1900

1900

1900

Un banquete imaginario...

RUPERTO.—(*Gritando*). ¡Razón!... ¡Crítica, 5ª!...
¡5ª, Crítica!...

SANTIAGO.—¡Para mañana!... ¡Los 50.000!... ¡Se juega mañana!...

RUPERTO.—¡Santiago!... ¿vos por acá?...

SANTIAGO.—Ya lo ves. Hace días que vendo poco por mis barrios, y me vine a ver si tengo más suerte. Pero me parece que también esto anda mal.

RUPERTO.—¿De veras? Pues a mí me pasa lo mismo. Lo que es hoy, tengo una suerte de perro.

SANTIAGO.—¿De perro? ¡según qué perro, che!... Algunos la tienen mejor que los cristianos.

RUPERTO.—¡Ah, claro! Hay perros suertudos; yo dije por decir, nomás... ¿Así que vendiste pocos billetes de lotería?...

SANTIAGO.—¿Pocos? ¡toditos... los tengo todavía! ¡mirá!... (*Enseña el fajo*).

RUPERTO.—¡Qué *jetta*!...

SANTIAGO.—¡Ajá!... Y lo que es a tus diarios, parece que les sucede lo mismo...

RUPERTO.—¡Igualito!... Si no inventamos algún crimen, nadie compra, amigo!...

SANTIAGO.—¡Cómo! ¿*inventar* un crimen?... ¡Mejor que se maten de veras!

RUPERTO.—¡Qué bárbaro!... A mí, a veces, cuando grito tantos horrores, se me pone carne de gallina...

SANTIAGO.—Yo también dije así de gusto, como vos lo de *suerte de perro*... ¡Me da rabia que no vendas vos tampoco!...

RUPERTO.—Y ¿qué le voy a hacer? Los otros muchachos tienen más ánimo, más desfachatez: son más *cara-dura*, como decimos nosotros, ¿sabés?...

SANTIAGO; Seguro!... Y son más grandes, también...

RUPERTO.—Eso: se aprovechan porque soy chico, me empujan, me tironean, se trepan mejor a los tranvías, se adelantan... y yo me quedo mirando...

SANTIAGO.—¡Así me hacen a mí! Pero no te aflijas, que alguna vez seremos grandes, y entonces...

RUPERTO.—Entonces ¿qué? ¿Vamos a hacer así también con los pibes?...

SANTIAGO.—(*Rascándose la cabeza, como dudando*). Mirá, pensaba desquitarme, pero no: ¡a los más chicos los protegeré!...

RUPERTO.—Muy bien: así me gusta. Una vez oí decir que sólo tenemos que acordarnos del mal que nos hacen, para evitárselo a otros.

SANTIAGO.—¿Has visto? ¿Y quién lo dijo?...

RUPERTO.—El maestro.

SANTIAGO.—¿Qué suerte tenés, que vas a la escuela!

RUPERTO.—No; ahora ya no me mandan. Por eso me pongo triste cuando me acuerdo.

SANTIAGO.—Como yo cuando hablo de mi mamá que se murió. Nunca la nombro.

RUPERTO.—Tenés razón: hablemos de otra cosa

SANTIAGO.—¿Sabés que siento como un vacío aquí en el estómago?...

RUPERTO.—(*Bostezando*). ¡Y yo!...

SANTIAGO.—(*Idem*). ¿Vamos a ver si compramos algo para llenarlo?...

RUPERTO.—Mirá en esta fiambrería, ¡qué de cosas ricas hay!...

SANTIAGO.—¡Ah, pero no son para nuestro bolsillos!

RUPERTO.—Yo me las tragaría todas con los ojos.

SANTIAGO.—¡Zonzo! ¡mejor es tragarlas con la garganta!...

RUPERTO.—Gracias que nos dejen mirarlas.

SANTIAGO.—¡Qué cosas divinas! *¡Chasqueando la lengua!*. Fíjate aquel jamón, ¡qué lindo color!... Parece que esté diciendo: “¡coméme!...”

RUPERTO.—Y ese vino, está gritando: “tragáme”...

SANTIAGO.—¡La gallina!... ¡qué gorda!...

RUPERTO.—¿Y el lechón adobado?... ¡mirá qué bien asadito!... ¿qué me decís?...

SANTIAGO.—A mí me gusta más la gallina.

RUPERTO.—A mí el lechón.

SANTIAGO.—¡Qué mal gusto!... ¡No sabés lo que es bueno!

RUPERTO.—Vos sí, que no sabés lo que es sabroso.

SANTIAGO.—Más delicada es la gallina.

RUPERTO.—Mejor es el lechón.

SANTIAGO.—(*Levantando la voz*). ¡Te digo que no!

RUPERTO.—(*Idem*). ¡Te digo que sí! (*Se miran un momento hostiles; luego se apaciguan*).

SANTIAGO.—(*Con calma*). Bueno: quedate vos con el lechón.

RUPERTO.—Y vos con la gallina: ya está arreglado.

SANTIAGO.—¡Ché, qué banquete!... ¡Como para chuparse los dedos!...

RUPERTO.—Bueno: elijamos.

SANTIAGO.—¿Qué comemos primero?

RUPERTO.—Primero la mayonesa.

SANTIAGO.—¡Muy bien! La mayonesa ¿y después?...

RUPERTO.—El jamón.

SANTIAGO.—El jamón, ¡ya está! ¿Y ahora?...

RUPERTO.—Unas aceitunitas... ¿luego?...

SANTIAGO.—El queso.

RUPERTO.—¿Estás soñando? ¡El queso se sirve al último!...

SANTIAGO.—No digas disparates. Se sirve antes, porque da más apetito. En las grandes comidas se usa así.

RUPERTO.—¡No puede ser!...

SANTIAGO.—¡Yo lo sé!...

RUPERTO.—Bueno, entonces adelante. Ahora el lechón.

SANTIAGO.—¡No, señor!... ¡la gallina!...

RUPERTO.—Yo el lechón, y vos la gallina, ¿no arreglamos así?...

SANTIAGO.—¡Ah, es cierto!... Y decime, el lechón ¿te lo vas a comer vos solo? ¿no me das una presita para probar?...

RUPERTO.—¿Me vas a dar vos un pedacito de gallina?

SANTIAGO.—A ver: ¿qué parte te gusta? ¡te la doy!

RUPERTO.—El ala, el muslo y la pechuga.

SANTIAGO.—¡Ajá! ¡cómo no! Así la querés entera. Y decías que no te gustaba...

RUPERTO.—¿Qué me das, entonces?

SANTIAGO.—La cabeza.

RUPERTO.—¡Qué generosidad!

SANTIAGO.—Y vos, ¿qué me das del lechón!

RUPERTO.—¿Qué te gusta más?

SANTIAGO.—La cabeza, las piernas y las costillas.

RUPERTO.—Te lo doy entero, y se acabó.

SANTIAGO.—Y vos, ¿no me pedías toda la gallina?

RUPERTO.—Y me diste la cabeza.

SANTIAGO.—Bueno, ¿qué me das del lechón?

RUPERTO.—¡El rabo!...

SANTIAGO.—No lo preciso. (*Enojado*).

RUPERTO.—¡Angurriento!...

SANTIAGO.—¡Amarrete!... El lechón se te quedará
atravesado en el estómago...

RUPERTO.—La gallina te va a dar indigestión.

SANTIAGO.—No te convidó más a banquetes.

RUPERTO.—Yo tampoco, pero me la vas a pagar...

SANTIAGO.—¡Vos a mí; ya vas a ver! (*Se preparan para pelear, pero miran la vidriera, y se rien*).

RUPERTO.—Casi nos peleamos por un banquete imaginario, ¡qué pavada!

SANTIAGO.—¡Qué gallinada, será!...

RUPERTO.—¡O qué lechonada!... ¿Para qué pondrán a la vista cosas tan ricas?

SANTIAGO.—Para hacer tragar saliva, no más.

RUPERTO.—¡Tengo un hambre!...

SANTIAGO.—Y yo, ¡no te digo nada!...

RUPERTO.—¿Qué compramos para comer?...

SANTIAGO.—¿Cuánta plata tenés?

RUPERTO.—(*Saca del bolsillo y cuenta:*) 5, 10, 15...
y 2, 17... ¿y vos?

SANTIAGO.—2, 7, 12, 13... y una estampilla de 5.

RUPERTO.—¿La contarán como plata?...

SANTIAGO.—¡Es nuevita!

RUPERTO.—Entonces sí: ¿cuánto es?

SANTIAGO.—(*Contando con los dedos*). 13, 14, 15, 16, 17 y 18. Diez y ocho centavos.

RUPERTO.—Por ahí vamos, ché! —Yo 17, y vos 18, ¿cuánto es entre todo?... (*Santiago le da lo suyo*).

SANTIAGO.—Esperate. (*Cada uno para sí finge contar, con muchos visajes, y mucho movimiento de dedos*).

LOS DOS.—(*A un tiempo*). ¡35!

RUPERTO.—¡Muy bien! Un 10 en Aritmética.

SANTIAGO.—¿Ya volvés a hablar de escuela? Mejor que pensemos en comer.

RUPERTO.—Oí: 20 de dulce de membrillo, y 15 de queso.

SANTIAGO.—¡Cómo no!... ¿y el pan?

RUPERTO.—¡Cierto!... ¡me olvidaba! Entonces... 10 de pan, 10 de queso...

SANTIAGO.—¡Qué poco!...

RUPERTO.—Mirá que después no nos queda para dulce.

SANTIAGO.—Bueno, bueno, seguí: no volvamos a discutir.

RUPERTO.—10 de pan; 10 de queso, y 15 de dulce. Tomá. (*Le da unas monedas*). Andá a la esquina y comprá el pan.

SANTIAGO.—Sí, y vos comprás en frente el queso y el dulce. Decí que te den mucho.

RUPERTO.—Dejálo por mi cuenta, y que no te den pan viejo.

SANTIAGO.—¡Ni que fuera zonzo!... Después volveremos aquí mismo.

RUPERTO.—Sí, para hacernos de cuenta que comemos lechón y gallina... (*Se separan*).

SANTIAGO.—Los 50.000... ¡se juega mañana!...

RUPERTO.—¡Razón 5ª! ¡con la grande y todos los premios!... ¡5ª, la Crítica!...

TELON.

En la Estancia

Juguete cómico

Para representar en grados inferiores en el
"DÍA DE LA MADRE"

PERSONAJES:

NOEMI, niña de 10 a 12 años. Varios niños y niñas pequeños, con trajes de entre casa; unos como ricos y otros, campesinos.

ESCENA UNICA

(Un jardín o una habitación de casa de campo).

NOEMI.—Bueno, chicos; ahora les diré lo que ustedes querían saber...

NIÑO 1º.—¿Lo qué?...

NOEMI.—*El qué*, se dice: nó, *lo que*.

NIÑO 1º.—Bueno, es igual.

NOEMI.—Ustedes me preguntaban por qué les enseñaba versos y canciones...

OTRO NIÑO.—¡Ajá!...

NOEMI.—Se trata de que hoy, en todas las escuelas se celebra el "Día de la Madre"...

VARIOS.—(*Con tristeza*). ¡Ah!...

OTROS.—(*Idem*). ¡Qué lástima!...

NOEMI.—Lástima que nosotros no podamos estar, ¿verdad?

UNO.—¡Claro!...

NOEMI.—Por eso, como este año papá tuvo que apresurar su venida a la estancia y resolvió traernos a todos, perdimos los últimos días de clase; pero vamos ahora a celebrar la fiesta aquí.

TODOS.—(*Saltando y palmoteando*). ¡Qué lindo!... ¡qué lindo!...

NOEMI.—Todos a ponerse el uniforme. (*Presenta unos cuantos delantales blancos, y todos se precipitan a elegirlos*). ¡Calma, calma! Hay que tener orden, como en la escuela.

UNA NIÑA.—(*Que representará ser una paisanita*). ¡Ah, pero nojotro (*por los hermanitos*) no tenemo de estos (*por los delantales*).

NOEMI.—Sí, ustedes aquí en el campo no usan así, pero cuando el año que viene pongan escuela...

PAISANITA.—Nojotro no vamo a dir...

NOEMI.—¿Cómo que no van a ir?...

PAISANITA.—Nojotro no tenemo ropa, dice máma.

NOEMI.—(*Dándole un delantal y ayudándola a ponerse*). Bueno, no te aflijas; todo se arreglará.

PAISANITA.—¡Ah, si usted me empriesta, sí!...

(*Todos arreglados. A los paisanitos les quedan algo grandes: cómicamente, se miran, se prenden y desprenden, etc., como demostrando que no van cómodos*).

NOEMI.—Ahora, todos en fila, que voy a darles clase...

PAISANITO.—... ¡La máistra!...

PAISANITA.—(*Reprendiéndolo*). ¡Cayáte guarango!... ¡te vi'arreglar, yo!... ¡Vas a ver con tata!... (*Risas de los otros*).

NOEMI.—¡Ay, ay, ay! Me parece que se va a aguar la fiesta. Venga usted aquí, a mi lado (*al paisanito*) y a portarse bien. (*El chico la sigue a la fuerza. con la cabeza baja y torcida. La hermana lo amenaza*).

NOEMI.—Bueno; vamos a cantar, y basta. Empecemos por “Arroz con leche”. (*Forman rueda, y cantan*).

Arroz con leche,
Voy a saludar
A mi mamá querida
Que es sol de mi hogar,
Mamita, sí;
Mamita, no;
Para que estés contenta
Seré buena yo.

Como hoy es tu día
Te vengo a ofrecer
Con esta cancioncita
Mi mucho querer...

TODOS.—(*Saltando y aplaudiendo*). ¡Bravo, bravo!

NOEMI.—(*Como en secreto*). Dejen que aplauda el público; no sean vanidosos. (*Risas*).

PAISANITA.—Ahora “güen día...”

NOEMI.—Bueno: todos aquí conmigo, y Petrona (*por la paisanita*) allí (*enfrente*).

PAISANITA.—(*Con movimientos torpes demostrando cortedad*). ¡Oh, también!... ¡yo qué ví'a saber!...

NOEMI.—¡Vamos, vamos! Si cantas muy bien. Que vaya otra con ella. (*Pasa otra chica*).

(*Cantan*).

PETRONA, y otra niña.

Muy buen día, mamita mía
Mantantirulirulá.

NOEMI y los demás.

Qué quería la hijita mía,
Mantantirulirulá.

PETRONA.—

Yo quería darle un regalo
Mantantirulirulá.

NOEMI.—

Qué regalo me da usted,
Mantantirulirulá.

PETRONA.—

Yo le doy mi corazón,
Mantantirulirulá.

NOEMI.—

El regalo sí me agrada
Mantantirulirulá.

TODOS.—(*En rueda*).

Pues haremos la fiesta entera
Y aquí va la invitación
Que es el “Día de la Madre”
Y le dí mi corazón.

(*Las demostraciones de antes*).

NOEMI.—Ahora la declamación.

(*Un niño o una niña, a ser posible que no esté aún en edad escolar*).

LA MAMÁ

Los pollitos, “pío, pío”...

Tras de la clueca se van...

¡Tienen hambre, y tienen frío?...

¡Bien pronto se calmarán!...

Corre en pos de cada oveja
Su corderito: “¡bée, bée!”
(*tono alto y voz fina*).

Y al mimoso que se queja,
La madre contesta: “¡béee!”
(*tono bajo y voz gruesa*).

Y cuando el nene se duerma
¿Quién su sueño velará?...
¿Quién llorará si se enferma?...
¿Quién lo adora?... ¡La mamá!...

(*Aplausos*).

NOEMI.—¡Formación militar!

(*Se forman por estatura y sacan todos cornetas de papel*).

Esta parte se adaptará a la Marcha de San Lorenzo. Marcharán imitando la corneta y cantando (sin letra: tú-turutú, tú-turutú, etc.), desde el principio, o la parte que se desee: al llegar a la que dice: “Avanza el enemigo”, etc., bajarán las cornetas, y seguirán la marcha cantando, con la tonada correspondiente:

Avancen, chiquilines
A paso redoblado

2 veces

Que el jardín despojado
Muy pronto quedará;

Y un ramo cada uno
Prepare en el momento

2 veces

Y lleno de contento
Lléveselo a mamá.

Tarará,
Se lo llevan a mamá,
Tarará,
Se lo llevan a mamá.

(Desaparecen por lateral).

FIN.

¿Quién declama mejor?

Juguete cómico

(Para niños (o niñas) pequeños. Cámbiense los nombre a comodidad).

(Un grupo de alumnos conversa animadamente en el recreo).

SOFIA,—(*Llegando*). Chicas, ¿aprendieron el verso?

MARIA.—¿Y entonces?...

VARIAS.—¡Yo sí! ¡Cómo no!..., etc.

DORA.—(*Haciendo seña a otras, como con burla*). ¡Qué lo diga Elsa, que recita bien!

ELSA.—(*Remilgada y romántica*). ¡Regular! ¡como estoy estudiando declamación!...

VARIAS.—(*Riéndose a escondidas*). ¡Que lo diga! ¡que lo diga! ...

ELSA.—(*Siempre con afectación*). Bueno, pero todavía no sé muy bien los ademanes.

DORA.—¡No importa!

VARIAS.—¡Claro!

ELSA.—Voy a recitar las primeras estrofas. (*Recita con énfasis exagerado, voz hueca y sonora; ademanes y visajes ridículos: gran lentitud. Procúrese imitar, exagerándola, la manera de declamar de los conservatorios. Elijase una niña vivaracha y graciosa*).

EL JUNCAL

(Por Rafael Obligado)

¡Quién no ha visto en las orillas
del hermoso Paraná,
esa banda siempre verde,
siempre móvil del juncal?

En las horas de la siesta,
cuando todo duerme en paz,
en las cuerdas de esa lira
van las olas a cantar.

Almas buenas y sencillas,
venid todas y escuchad,
lo que dicen esas olas
en el arpa del juncal:

VARIAS.—(*Conteniendo la risa*). ¡Muy bien!, ¡bravo!, ¡te felicito!

ELSA.—(*Con falsa modestia*), ¡Gran cosa! ¡No es para tanto! ¡Este verso es muy fácil!

DORA.—Si la oyeran recitar “La Marcha Triunfal” de Rubén Darío!...

ELSA.—¡Ah, pero no la he repasado! Voy a ver si la tengo en el banco. (*Sale*). (*Grandes risas del grupo*).

SOFIA.—¡Qué exageración! ¡Yo no podía estarme seria!

MARIA.—¡Pero es que Dora es tremenda! ¡Cómo se burla!

DORA.—¿Y quién le manda ser tan zonza?

ANGELA.—(*Es una de las que no tomó parte en la broma*). ¡Bah, tanto le dicen, que la pobre chica se pone como un pavo real! ¿Y nosotras?, ¿cómo declamamos?

DORA.—¡Mejor que ella, seguro!

MARIA.—¡Que recite Dora!

DORA.—Yo no estudio en el conservatorio (*remedando a Elsa*), pero ni falta que me hace. Van a ver.

(*Dice el verso con un sonsonete monótono, haciendo en cada línea la misma inflexión de voz. Algún ademán que otro, rígido e inadecuado. Gran rapidez*).

TODAS.—(*Riéndose*). ¡Ché, ché!, ¡así no se declama! (*Sin dejárselo concluir*).

MARIA.—Mal que mal, prefiero a Elsa,

DORA.—(*Ofendida*). Ustedes son unas burlonas.

ANGELA.—(*Que no se habrá reído*). Dora tiene razón...

SOFIA.—(*Interrumpiendo*). ¡Ella fué la que más se rió antes! (*Por Dora*).

ANGELA.—Bueno; no me dejaste concluir. (*A Sofía*). Digo que Dora tiene razón ahora; pero iba a agregar que lo de antes fué peor, porque engañaban a la pobre Elsa.

En vez de reírnos unas de otras, procuremos corregirnos sin burlas ni enojos.

DORA.—Ya vino “doña Sentencia”. Vos sos la única que sabe recitar. (*Con despecho*).

ANGELA.—Yo no diré muy bien el verso, seguramente, pero lo ensayé en casa con mi hermana, y no me dejó recitar con tanta fuerza como Elsa, ni con tan poca como Dora.

SOFIA.—Bueno, decilo.

TODAS.—¡Sí! ¡sí!

ANGELA,—(*Recita con naturalidad y gracia. Expresión y mímica oportunas*).

TODAS.—¡Muy bien!

SOFIA.—Ahora sí que es cierto, que está bien.

(*Suena un timbre*).

TODAS.—¡A clase! ¡A clase!

TELON.

El milagro

(Monólogo)

¡Por fin! ¡ya amaneció el día (cualquier fecha).

¡Si lo habré deseado!... ¡si habré contado los días que faltaban para que llegara!...

En grandes letreros, como algunos avisos comerciales en los periódicos, aparecía en mi mente cada día: ¡falta un mes!... ¡20 días!... ¡15!... ¡8!... ¡2!... ¡1!... ¡nada!...

Y, ¿adivinan ustedes por qué lo esperaba tanto?... ¿qué? ¿cómo dice usted señora?... ¡Ah! ¿por la fiesta de fin de año?

¡Nó! ¡nó, señora! Me gustan las vacaciones, sí; pero mi impaciencia no era por tal cosa.

¡Tanto como eso, no! Había otra causa: es mi cumpleaños. ¡Bah! por allí he visto una señorita que ponía una cara como diciendo: “¡gran cosa!” ¡Claro! cuando se ha cumplido demasiados, vale más no acordarse del natalicio, pero como yo cumplo sólo diez, y tengo la suerte de que haya muchas almas buenas que se acuerden de mí, y me presenten sus regalitos, es natural que espere el día con ansiedad, ¿estamos? ¿Me felicitan? ¡gracias! ¿Por muchos años? ¡En vida de ustedes!...

... ..

Vaya, les gustará también que les enseñe los obsequios que constituyen mi felicidad, ¿no es cierto? De mil amo-

res: no soy egoísta y consiento en que participen de mi alegría.

Veamos: (*Aparta el biombo*). ¡Jesús!... ¡Qué cantidad!... Estoy deslumbrada... ¡No sé por donde empezar!... Esta caja debe de tener una muñeca... Sí: tiene la tarjeta de papá. No la abro: lo mejor lo dejo para lo último. (*Tomando los juguetes y mostrándolos a medida que habla*).

Un juego de mueblecitos:

¡Qué ricura!: de tío Pepe.

Un costurero: de abuelita, es claro.

¡Un juego de te!... ¡irrompible!... ¡Ave María!... ¡si yo no soy tan descuidada! Pero es bonito. De mis primas.

¡La ovejita! ¡Parece de veras!

Esta es de tía María.

Los libros: ¡de mamá! (*Descontando la muñeca que no se suprimirá, los demás juguetes pueden cambiarse*).

¡Este ramo? De la viejita a quien suelo llevar socorros a escondidas. Tiene el perfume de su gratitud, puedo yo decir ahora. Ella me dice siempre que los alimentos que le llevo "tienen el dulce sabor de mi bondad".

¡Los bombones?, de mi primo.

(*La muñeca resultará ser una niñita de tres o cuatro años, a la que se ensayará suficientemente para que no haga más movimientos que los que indica Isabel mientras va hablando*).

¡Bueno! (*a la muñeca*): casi no me atrevo a abrir la caja, (*desata las cintas*) ¡qué maravilla! (*salta y palmea*) ¡qué ojos! ¡qué cabellera! Y es natural ¿eh? ¡Qué colores! ¡qué traje!... ¡Ricura! ¡Cómo te quiero! (*la besa*). ¡Oh! (*con sorpresa*) ¡lo que puede la ilu-

sión! ¡Juraría que su cara tiene calor y morbidez, como si fuera de carne, y no de porcelana!... ¡que sus ojos bellísimos me miran con cariño! ¡Qué tonta soy!... (*Le mueve las articulaciones*). ¿A ver? ¡Mueve la cabeza; los brazos; las piernas! ¿Cerraré los ojos? Seguramente será con ésta cueredita (*finge tirar un cordón: la muñeca dice "papá"*). ¡Ah! no, ¡con esta habla! ¡Si aprendiera mi nombre! Yo a ella ¿cómo la llamaré? "Dora", "Dorita"! Sí: muy bien le queda este nombre. ¿Verdad? (*a la muñeca que mueve lentamente la cabeza afirmando*). Me parece que ha hecho seña de que sí. (*Pasándose la mano por los ojos*). Es tal mi contento, que estoy medio trastornada! (*A la muñeca*). ¿Sabes cómo me llamo yo? (*La muñeca hace que no, casi imperceptiblemente*). ¿Han visto? (*Al público*). ¿Nó? ¡Claro; si no puede ser: yo veo visiones! Me llamo Isabel, ¿oyes? (*Le toca la cabeza y la muñeca cierra y abre los ojos*). ¡Ahora sí!, no lo he soñado: ¡cerró los ojos! Sin duda habré tocado algún resorte sin querer.

Bueno; para calmarme comeré un bombón. (*Abre la caja*). ¿Si ustedes gustan? (*Al público*). Pero nó; no alcanzan para todos y me resultarían ofendidos los que no tuvieran: a nadie, y disculpen. ¿Quieres tú, Dorita? (*le desliza uno por la boca entreabierta*); ¡se lo comió! ¡sí señores! ¡se lo comió!

LA MUÑECA.—¡Gracias Isabel!

ISABEL.—¡Jesús! ¡Si habla!

(*La muñeca la abraza y la besa, se dirige al público, y dice:*)

Isabel, según todos
han comprendido,
vida me ha dado, y alma
con su cariño.

De amor guiados,
pueden los corazones
hacer milagros.

(Saluda con una reverencia al público, tira un beso a Isabel y se escapa corriendo, mientras ésta la mira asombrada y cae el telón).

Nota: — En caso de que la niña que hace de muñeca no pudiera recitar el versito, puede cambiarse el final en la siguiente forma:

Al decir Isabel “¡Jesús!... ¡si habla!”, saca la muñeca de la caja, la toma en brazos, la acaricia y besa, y ella devuelve las caricias. Entonces Isabel teniéndola abrazada, dice:

Dorita, según todos
han comprendido,
vida ha cobrado, y alma
con mi cariño:
De amor guiados
pueden los corazones
hacer milagros!

(Dorita se desprende de los brazos de Isabel; ésta la toma de la mano, se adelantan y hacen juntas una reverencia al público).

TELON.

El cumpleaños de mamá

Monólogo cómico

(Adaptación)

(El monologuista, niño de 8 a 10 años, finge acabarse de levantar: se despereza y estira, haciendo visajes. En todo el monólogo, procúrese gracia, viveza, comicidad, sin exageración, salvo en las partes en que imita voces, manera de hablar, etc.).

¡Qué barbaridad!... ¡Cómo estoy de dolorido!... Me acosté en el suelo, en un colchón, y no es lo mismo que la cama ¡qué va a ser!...

Pero yo dormí de un tirón. Estaba rendido...

¡Será muy tarde?... ¡las 10½! En fin, después de un día como el de ayer, todo se disculpa: ¡cuánto nos divertimos!... Resulta que era el cumpleaños de mamá, y vinieron parientes y amigos a festejarlo. Fué un barullo lo más lindo. Es lo que a mí me gusta: si no hubiera días así, la vida sería un opio ¡no es cierto?...

Lo que sí, que mamá, y las muchachas ¡tuvieron de trabajo!... ¡Cuántos días de preparativos! ¡compras, limpieza, cambiar muebles por aquí; colgar cortinas por allí, carpetitas planchadas, por un lado; almohadones de cretona, por otro!... Pero la casa quedó hecha un chiche, eso sí. La lástima que esa bendita familia de Torbellini dejó todo a la miseria. ¡Qué gente! ¡por favor!.. Nosotros no los conocíamos, pero el señor había presta-

do no sé qué servicio a papá, y éste se vió en la obligación de invitarlo para que viniera con la familia. Son nueve, nada menos, ¿se dan cuenta?...

Cuando de mañana contábamos los invitados que vendrían, teníamos esperanza de que alguno de los nueve se enfermara, y la familia suspendiera el viaje. ¡Nó, señor! vinieron todos, y trajeron, además, a la abuelita.

Es feo criticar, pero ¡también! ¿por qué no se habrán quedado en su casa, ya que no saben portarse en las ajenas?

A mí me daba rabia ¿eh? pero al mismo tiempo ¡si me he reído!... El más chico, sobre todo, un botija de dos años, más feo que una noche de tormenta, es célebre por sus hazañas. Cada momento lo perdían, y toda la familia se ponía en campaña para buscarlo. Al fin, lo encontraban — ¡qué fenómeno de chico! — una vez, dentro de un charco, en el gallinero; otra vez, lamiendo el papel cazamoscas en la cocina; después, vaciando una soda dentro del acordeón que el padre había traído “para amenizar la fiesta” — fíjense en el detalle: ¡qué música distinguida!

Después de almorzar, el Torbellinito, se mareó, y vomitó sobre el chaleco blanco del papá; en fin en un descuido se entró al cuarto de baño y dejó abiertas todas las canillas, y al fin, rendido de tan extraordinaria actividad, se durmió en la cocina con un pastel de cerezas por almohada.

Pero no crean que fuera solamente la familia Torbellini la que me daba risa, nó señor; sería que yo ya estaba como enfermo de tanto reír; pero todo me divertía: una señora gorda que soplaba como un fuelle, apretada en su corsé (*imita*); las señoritas modernas, con sus po-

lleras cortas, sus melenas a la Rodolfo Valentino, caminando; sentadas; (*imita, de acuerdo con el texto, con exageración cómica*). Los mozos estirados, y paquetes con las cabezas como gorros de hule a fuerza de gomina, bailando así (*imita*). Pero lo peor de todo, fué cuando esas niñas como maniqués, empezaron a demostrar sus habilidades:—“¡Fulanita, toque el piano!”—“¡Pero si no sé nada de memoria!...”—“Sí, dice la mamá; tocá la “*Rosodia Hongroise*” (*pronúnciese como está escrito*) y la “*Rosodia Hongroise*” se tocaba así: (*imita a una pianista, exageradamente*). Otra declamó: (*muy exagerado*).

“La canción del molino”

(*Por José de Maturana*)

El lento molino — juglar del camino —
rememora extintas leyendas al viento.
La cabalgadura descansa un momento,
y oye el peregrino
la voz del molino.

.....

Otra, se puso a cantar. Era una canción que se llamaba “Ave María”.

Yo me coloqué detrás de mamá, apoyada en su silla. La chica se puso a cantar.

“¡Ave María!” (*imita*). “Mamá, digo con disimulo: ¿quién es María? ¿para qué la llama?...” Mamá, alarga la mano para pellizcarme; le conozco la intención, y me esquivo. La chica sigue a grito pelado:

“¡María!... ¡María!...” (*imita*), “Es sorda, esa María — le digo a mamá al oído. — Esta vez, me alcanzó el pellizcón. — Terminó el canto con muchos gorgoritos (*imita*), mezclados de chillidos y gritos roncós.

A la caída de la tarde, los invitados se fueron, pero como los Torbellini viven en La Plata, no tenían tren hasta las 22, y tuvieron que quedarse también a cenar. “¡Cualquier cosa—dice el padre—nosotros somos de poco comer!”.

Cuando ¡al fin! se despidieron, sucedió aquello de que se había perdido el *menorcito* (*irónico*), y para cuando lo encontraron, con la cabeza incrustada en el pastel de cerezas, y bien o mal, lo lavaron, se había hecho un poco tarde y tuvieron que irse corriendo, arrastrando, casi a la pobre abuelita, que sufre de reumatismo.

Nos fuimos a dormir.

No haría diez minutos que nos habíamos acostado, cuando suena el timbre: ¡riine!... ¡La familia Torbellini venía a dormir, porque había perdido el tren!...

Por ceder mi cama tuve que dormir en el suelo, ¡ahí está!

Bueno: voy a ayudar un poco a poner orden. (*Inicia el mutis, pero vuelve*).

¡Ah!... cuando tengan que dar alguna fiesta, inviten a los Torbellini.

Un vuelo prodigioso

Monólogo

(Aparece imitando los diferentes movimientos de volar, y los sonidos del vuelo; la cabeza caída hacia atrás, algo la-deada; ojos semicerrados, sonrisa beatífica; exageración có-mica en todos los ademanes. Deslizándose en puntas de pie, recorre la escena en varias direcciones. Deteniéndose, se di-rige al público).

Los *caballos* de aquella poesía que recitan las alum-nas de declamación, ¿saben?... :

¡*Galopavan, galopavan!!!... (hágase sonar la "v" subrayada)*. Yo, *Volava, volava!!!...*

¡Qué vuelo magnífico el mío! ¡Qué hazaña prodigio-sa! Porque aquí donde ustedes me ven, tan menudito, tan poquita cosa, yo... (*con énfasis*); soy un héroe!...

Comparados conmigo ¿Zanni?—¡Un poroto!... ¿Fran-co?—¡Un garbanzo!... De Pinedo, Chamberlin, Lind-berg, y todos los demás aviadores de fama universal? ¡Un puñado de lentejas, insignificantes y chatitas!... Ustedes extrañarán no haber oído jamás hablar de mi proeza. ¡Psh! (*con desprecio*); es que a mí, francamente, la gloria no me seduce; soy muy modesto: no es por ala-barme; y como para mi vuelo no necesité aparato, ni di-nero, ni toneles, ni itinerarios, ni oficiales de ruta, ni me-cánicos, ni ninguna de estas bagatelas, los periódicos ¡naturalmente!, no se ocuparon de hacerme bombo... ¡Así es el mundo!... Pero yo voy a enterarles: no está

bien que personas tan distinguidas como las que me escuchan, (*reverencia*) permanezcan ignorantes de un hecho de tal magnitud. He aquí el caso:

Yo no soy un muchacho callejero: Ustedes se habrán dado cuenta por mi presentación (*con superioridad*). Pero una vez, no se qué me dió por echar una cana al aire: había salido para una diligencia y al cruzar la plaza, me encontré con unos muchachos que jugaban. Me detuve a mirar, y, al ratito, sin saber ni cómo, ¡estaba jugando con ellos al trompo y a las bolitas (*imita esos juegos*). Eran chicos mal criados; hacían trampas en el juego y empleaban un lenguaje grosero, que me ofendía. Con el más insolente, tuve un altercado y llegamos a las manos. Las cosas vinieron así, y hasta estoy por creer que era el destino que lo disponía, pues yo no tengo costumbre de pelear, y aquella vez ¡me puse hecho un tigre! En lo más encarnizado de la riña, y mientras los demás pilletes nos azuzaban con carcajadas y gritos, ¡zás!, ¡un vigilante que se aparece!... ¡Mamita!... En un santiamén nos desbandamos, y yo, que no soy amigo de andanzas con la policía, corrí a todo lo que daba. Me llevé por delante, con el susto consiguiendo a una pobre señora, que quedó en el suelo ¡chillando! (*imita*), mientras yo seguía mi carrera; y cuando ya me creí en salvo, me dí vuelta y... ¡horror!... Como a la media cuadra, ví un agente que me perseguía y me amenazaba con el machete!...

¡Me quedé paralizado! (*pausa*). Pensé: "Si pudiera volar!"... y... ¡de pronto!... me sentí livianito, livianito... moví los brazos suavemente (*imita el movimiento de las alas*) y... volé... Seguí volando tranquilo, con una facilidad increíble. Pasé ciudades, campos, ma-

res y montañas. No sé bien por qué países viajaría, pues en el apuro — ¡ustedes comprenden! — se me olvidó repasar mi Geografía, antes de emprender el vuelo. Algunas veces notaba que hacía frío, y pensaba: “Andaré cerca del Polo”. Otras, sentía el aire caliente, y de ahí sacaba en consecuencia que estaría por el Ecuador. Por allí aterricé en un bosque tropical, y comí a discreción cocos y bananas, mientras los monos me miraban con curiosidad a la distancia; cuando oí que se me acercaban — ¡seguramente, con malas intenciones! — me elevé tan bonitamente y los dejé... ¡con la boca abierta! Estuve acertadísimo en irme, porque de pasada me encontré con unos magníficos leones que, a buen seguro, me hubieran merendado si me quedo a su alcance.

Más adelante se me ocurrió acuatizar: — fué un capricho de mi espíritu aventurero — y nadé como un pez ¡muchísimo mejor que Tiraboschi (1) y que la Harrison! (2). Salí del agua sequito, y ¡a volar de nuevo! corriendo carreras a los pájaros ¡y ganando siempre!...

(*Como asustado*). ¡De repente, cerca de mí, surge un majestuoso aeroplano! ¡venía en mi persecución!... ¡ni qué hablar!...

Como no tuve tiempo de adelantármele, me escondí detrás de una nubecilla, pero el monstruo en un viraje magistral, ¡se me acercó! Ya iba a precipitarme por el espacio, cuando se me ocurrió una idea salvadora: me trepé sobre un ala del avión, y me quedé cómodamente

(1) Pronúnciese “Tirabosqui”.

(2) Pronúnciese “Járrison”.

sentado. Por más vueltas y subidas, y bajadas... ¡no daba conmigo! ¡y me llevaba gratis!... (*Pausa*).

(*Enojado*). Ustedes ponen cara de no creerme, así que para que vean que no soy andaluz, les diré que mi viaje terminó con una caída vertiginosa... y un golpe seco, que pegué al caer... ¡de mi cama!...

¡Había soñado!... (*Sale rápido*).

Las abejas

Ronda

(La música correspondiente, original del maestro señor Cayetano Fittipaldi, en venta en las casas del ramo).

Tomarán parte 16, 20 o 24 niñas, de 8 a 10 años, vestidas según se explica al final.

Las indicaciones se refieren a 16.

Las referencias están de acuerdo con el texto del señor Manuel L. Gordon. Respetando el sentido de la letra, no se ha seguido, sin embargo, el orden de los ejercicios en cada uno de los Momentos.

INTRODUCCION

(Primer momento).

Con la música del *Tema*, aparecen las niñas por el centro, en doble fila y quedan formadas: (Fig. 1). Firmes: 4ª. Act. contramarcha a paso regular. Al llegar a (1) se intercalan formando fila de a una y van tomando 7ª. Act. agitando suavemente los brazos y marchan en puntas de pié, formando serpentina, según el dibujo. Con la boca imitan el zumbido.

Vuelven por el centro y se colocan en doble rueda; las ocho más chicas en el medio y las demás afuera.

Firmes, frente al centro, tomarse de las manos.

(Puede emplearse acordes para las evoluciones).

TEMA

Las dos ruedas marchan en sentido contrario, cantando hasta "miel".

Firmes, flanco derecho e izquierdo, 1ª. Act. marchan siguiendo el camino según (Fig. 2ª) y cantan hasta "mirar". Firmes.

PRIMERA VARIANTE

(Segundo momento)

Siguen por la derecha (Fig. 3ª) y forman cuadro, entonando el verso hasta "así". (*Puede repetirse si no da tiempo*).

Firmes 4ª Act.

Ejercicios de brazos. (*Sin música*).

5ª Act.; 6ª Act.; 5ª Act. posición (*brazos caídos*).

7ª Act.; 8ª Act.; 7ª Act.; posición.

Cantan la segunda estrofa hasta febril.

Flanco derecho 7ª Act.

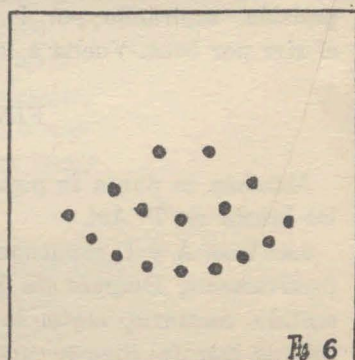
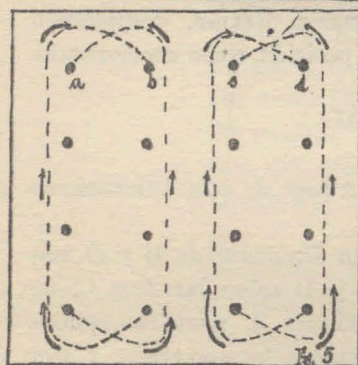
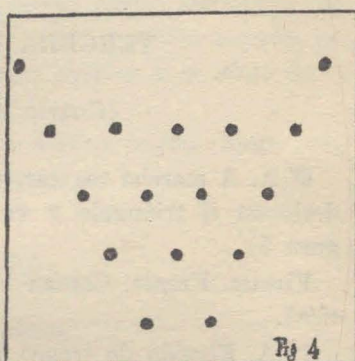
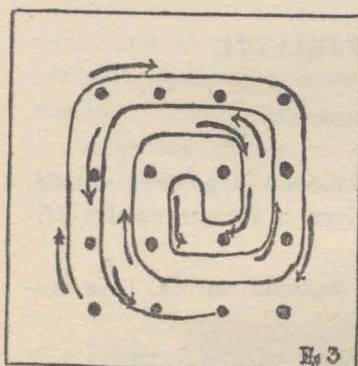
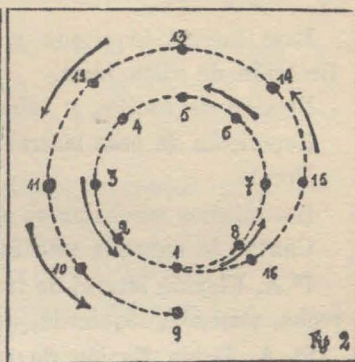
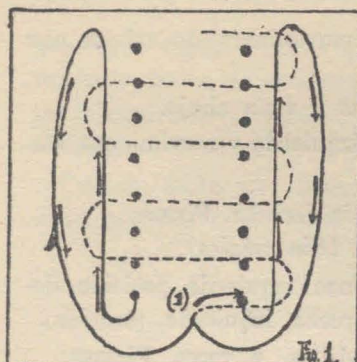
Sin cantar, pero con música, imitando zumbido, a paso de trote y con balanceo de brazos, siguen por la derecha, formando caracol y lo deshacen quedando formadas para la segunda Variante, según figura 4.

SEGUNDA VARIANTE

(Tercer momento).

Firmes, frente, 1ª Act.

(*Cantan la primera estrofa hasta "afán"*), (*Sin música*).



Paso lateral izquierda y movimiento de cabeza con dirección de vista ídem.

Flexión de rodilla, y cabeza y vista abajo.

Repetición de paso lateral izquierda y movimiento, etc. Frente.

Los mismos movimientos a la *derecha*. Firmes.

Cantan la segunda estrofa. (*Sin música*).

7ª A. Flexión lateral de tronco; izquierda, posición, derecha, posición, izquierda, derecha, izquierda, posición..

2ª A. Doble flexión de rodillas: 4 veces. Firmes.

TERCERA VARIANTE

(Cuarto momento),

6ª A. A marcha regular, cantando la primera estrofa, deshacen el triángulo y vuelven a formar cuadro (figura 5).

Firmes. Frente. Cantan la segunda estrofa. (*Sin música*).

1ª A. Flexión de tronco (*hacia adelante*) vuelta a la posición, aspirando por la nariz, flexión, despidiendo el aire por boca. Vuelta a la posición como succionando.

FINAL

Marchan en punta de pies, a paso de vals, balanceando los brazos en 7ª Act.

Las filas A y C evolucionan alrededor de B y D respectivamente, Después las B y D sobre las A y C, en sentido contrario, según la figura 5, mientras cantan toda la estrofa. Siguen cantando a boca cerrada, y van

quedando según indica la figura 6, muy juntas, imitando la forma de la colmena: las dos mayores en 6ª A, las 5 siguientes alrededor, en 2ª A. las 9 restantes arrojadas en 1ª A.

Cuando están colocadas, dejan de cantar, pero continúan en *pose* hasta cesar la música.

ARREGLO DE LAS ABEJAS

Calzón-corpiño, escotado; pierna corta; sin manga; en satiné marrón. Alas en papel crêpe, también marrón, recortadas en forma adecuada, y cosidas a lo largo de la espalda.

Vincha con cuernos cortos. Medias negras, hasta arriba de la pierna. Zapatos negros.

TEMA:

Ayer, a una quinta
Llegué de paseo,
Y apenas si creo
Lo que allí observé:
En orden dispuestas,
Ví muchas colmenas
Con sus celdas llenas
De dorada miel.

Zumbando, el enjambre,
Parecía una nube:
Ya baja, ya sube;
Ya viene, ya va.

Por los aguijones
Sentí repugnancia:
Huí, y a distancia
Me puse a mirar.

PRIMERA VARIANTE

Millares de abejas
Graciosas bullían;
Las alas batían,
Moviéndose así:
Y en torno a la Reina
Giraban, giraban...
Y el aire cortaban
Con vuelo febril.

SEGUNDA VARIANTE

Después, de repente,
Se van a las flores,
Y eligen colores
Con extraño afán.
Va una abeja inquieta
De un nardo a una rosa,
Y mientras se posa
Se mueve a compás.

TERCERA VARIANTE

Y la flor entrega
Generosa y bella
Cuánto para ella
Con placer guardó.

Y el néctar que bebe
La buena abejita,
Frescura no quita
Ni olor a la flor.

FINAL

Las abejas vuelven
Ya de miel cargadas,
Nunca están cansadas
¡Qué felicidad!
Y es que la alegría
Del deber cumplido
Nadie la ha sentido
Más que al trabajar.

El día de clase

Rondita

Para niños pequeños: (todo varones o todo niñas, o fila mixta).

Música del maestro Rocca, en venta en las casas del ramo.

DESARROLLO

(Forman doble rueda, y cantan, o recitan girando en direcciones opuestas:)

Son las ocho en punto;
la campana suena;
de alegres chicuelos
el patio se llena.

(cambian de dirección, y siguen).

Cada grado forma
frente al salón:
¡silencio, que entramos
a dar la lección!

(Se sueltan las manos, quedan en posición de firmes, deshacen las ruedas marchando en fila simple, y hacen contramarcha a derecha e izquierda, continuando en fila doble, en actitud de sostener el libro para leer).

(Forman cuadro marchando en 1ª actitud y cantan:)

La maestra paciente se empeña,
y mil cosas nos hace observar...

(Movimientos de cabeza: arriba, abajo, derecha e izquierda; primeramente dos veces hacia cada posición; después, alternando. Toman 1ª actitud, y cantan, empezando de nuevo la estrofa:)

La maestra paciente se empeña,
y mil cosas nos hace observar:
escuchemos lo que nos enseña,
ya saldremos después a jugar.

• Si nos ve desatentos y ociosos,
pronto iremos a la Dirección,
y en lugar de jugar bulliciosos
el recreo será un buen plantón.

(Media vuelta a la derecha, y un momento inmóviles, dando la espalda. Otra media vuelta, y cantan:)

Trabajemos contentos ahora,
que el trabajo es también un placer,
y después, cuando llegue la hora,
¡a saltar! ¡a saltar y a correr!...

(Variando actitudes, harán algunos ejercicios de salto a pies juntos, en el lugar en que están. Después deshacen cuadro, y en fila de a uno, marchan a paso de carrera. Vuelven a formar doble rueda como al principio, y cantan toda la estrofa siguiente, cambiando dirección en "vea":)

Las doce están cerca:
basta de tarea.
¡Preparar! y en marcha
la escuela se vea.

Filas derechitas;
¡de dos en dos!
Señoritas; compañeros;
¡adiós!

(Deshacen rueda formando fila doble; en 1ª actitud repiten el canto desde "Filas derechitas"; hacen varias flexiones de tronco hacia adelante, y, dándose la mano, marchan marcando el paso y diciendo:)

Uno, dos; uno, dos...

(Desaparecen por lateral).

APÉNDICE

POESÍAS RECITABLES

La escuela

Soñando, el nene, clama por la escuela:
sus hermanitos van, y él no: ¿por qué?...
Junto a la cuna está la madre en vela,
y tiernamente arrulla a su bebé: .

“Duérmete mi encanto,
duérmete mi amor,
que irás a la escuela
con el Niño - Dios.

Con los angelitos
hoy vas a dormir
y sabrás mañana
leer y escribir.”

.....

El nene se ha hecho grande, y va a la escuela:
aquel sueño es hermosa realidad.
Juega y estudia ¡nada lo desvela!...
Y transcurre en un soplo aquella edad.

Después, el niño es hombre; el tiempo vuela
trayendo aciagas horas de dolor,
mas... ¡siempre el hombre añorará la escuela
con invariable y acendrado amor!...

... y surge una verdad que nos consuela,
y que hace revivir la fe extinguida:
*¡algo muy grande debe ser la escuela,
ya que alcanza a llenar toda la vida!*

¡Abuelito!

Abuelito, ¿por qué, este entrecejo?...
¿tienes luna?... ¡qué malo estás hoy!...
Si te estorbo, abuelito, te dejo:
no me quieres, ya se ve: ¡me voy!...

¡Ah! ¿me llamas?... ¿sobre tus rodillas,
a caballo, me dejas subir?...
Bueno, pero... ¡no me hagas cosquillas!...
¿cuántas veces te lo he de decir!...

Dame, abuelo, tus barbas de plata,
como riendas... ¡qué fuertes que son!...
... Más despacio... ¡este pingo me mata!...
...¿Tiré mucho, abuelito?... ¡perdón!...

Ahora un beso, ya que estás contento,
voy a dar una vuelta; después,
cuando venga, me cuentas un cuento
...¡Y no arrugues la frente otra vez!...

La escuela cerrada

Ya ni el campo está tan verde
ni el sol tiene tanta luz,
porque cerraron la escuela
que estaba al pie del ombú.

Los paisanitos del pago
no se pueden consolar,
desde que se fué el maestro
para siempre a la ciudad.

Ha quedado hecho tapera
aquel rancho coquetón,
y al jardincito cuidado
el yuyal lo destruyó.

¡Buena escuelita campera
que estabas bajo el ombú,
pon el campo otra vez verde;
dale al sol otra vez luz!...

¡Vuelve al campo, buen maestro,
que haces mucha falta allí;
labrando la dicha ajena
tú también serás feliz!...

¡Que en el tope del ranchito
la bandera, al flamear,
santifique la enseñanza
que a tus niños les darás!...

¿Cuándo?...

(Adaptado a la música de la canción criolla de ese título).

Uno y dos, me andan llamando
y no sé con cuál quedarme:
son el *Ocio* y el *Trabajo*
que no dejan de tentarme,

¿Cuándo será aquel día,
y aquella feliz mañana,
que me dejarán quedar
hasta que quiera en la cama?

2 veces

¿Cuándo, cuándo?,
¿cuándo, mamita, cuándo?...

Uno y dos me andan llamando
y no sé con cuál quedarme:
si me quedo con el *Ocio*,
siempre estaré descansado;
si el *Trabajo* me convence,
me sentiré respetado.

Uno y dos me andan llamando,
y no sé con cuál quedarme,

Teru - tero

Tero, ¡qué airoso caminas
con tus largas patas finas!...
Escondido
tienes en la loma el nido,
y tus huevitos overos
darán otros lindos teros
que gritarán cual tú gritas,
para anunciar las visitas:

“¡Teru, teru, teru, tero!...”
—¡Qué chillidos!...
“¡Teru, teru, teru, tero!...”
—¡Cómo rompen los oídos!...
“¡Teru, teru, teru, tero!...”
—¡Basta, basta, bochinchero!...

¡Qué parada!...
¡Chilla tanto, y no hace nada!
Si hay peligro, el centinela,
disparando, vuela... vuela...
Tiene en lugar de machete,
una pluma en el copete:
¡qué elegante,
el campero vigilante!...

“Teru, teru, teru, tero!...”

¡Qué chillidos!...

“Teru, teru, teru, tero!...”

¡Cómo rompen los oídos!...

“Teru, teru, teru, tero!...”

¡Basta, basta, bochinchero!...

Las palomas

Posadas en el alero
del redondo palomar,
las palomas del quintero
dejan el tiempo pasar,

Por un ruido cualquiera
se alborota el batallón;
el susto las desespera
y escapan en confusión,

Agitando las alitas,
en desordenado vuelo,
se me ocurren banderitas
que engalanaran el cielo.

Después, como comprendiendo
que aquel peligro pasó,
cada una va volviendo
al lugar que ya ocupó.

Entonces se pavonean
esponjadas y arrogantes;
se arrullan y cuchichean
comentando el susto de antes.

Y yo pienso en las hermanas
de las aves de esta quinta,
las palomas venecianas
que todo viajero pinta;

las palomas de San Marcos,
que de nadie esperan mal,
y que anidan en los arcos
de la inmensa Catedral;

de la mano de algún niño
mansitas van a comer,
y en su hombro, con cariño
se dejan adormecer.

Palomitas como aquellas
quisiera tener aquí,
que aunque jugara con ellas
no se asustaran de mí.

El caracol

En una mata de hinojo
vive, sin temor ni enojo
el paciente Caracol,
amigo del padre Sol.

Carga a cuestras su casita
y trepa, de mañanita
queriendo llegar al sol:
¡buenos días, Caracol!

Dios le ha puesto los ojitos
encima de los cuernitos
al amigo Caracol,
que así puede ver al Sol,

Sube, sube, sube, sube,
a la nube,
para saludar al Sol,
Caracol.

Comiendo hojitas de anís
pasa las horas feliz,
al calorcito del Sol,
el tranquilo Caracol,

En su cáscara escondido
se arrolla y queda dormido,
soñando en el padre Sol:
¡buenas noches, Caracol!...

La arañita

Señores: oigan un cuento
que les ha de interesar:
es de un chico muy atento
y una araña singular.

Un encargo, cierta vez,
le dió al niño la mamá,
y si él lo cumplió al revés
cada cual lo juzgará,

Al héroe, por darle un nombre,
le podremos llamar Juan;
señores: que a nadie asombre
lo que mis labios dirán:

Era que se era,
una araña de patas muy finas y largas,
que su red tejiera
Dios sabe con cuántas angustias amargas.

La pobre arañita
buscó de la sala un rincón bien oscuro,
y usando en la obra paciencia infinita,
preparó a las moscas un lazo seguro.

Recibe visitas de gran etiqueta,
a los pocos días, la madre de Juan
ve la araña, y... ¡atroz pataleta
la ataca, pensando que aquellas la criticarán!...

Después, más tranquila,
alcanza el plumero a su hijo,
y le ordena matar a la araña, que hila,
confiada, su hebra, con afán prolijo,

Juanito es bien educado,
cortés, dócil, diligente;
y una orden ¡no hay cuidado!
la cumple inmediatamente.

Ya sacó la telaraña,
pero la obrera se esconde,
y Juan ¡déle darse maña
para averiguar en dónde!...

La ve salir de una hendidia
y volverse a su rincón...
“¿Qué hará” — piensa Juan — y fija
en ella gran atención:

con un sostén invisible
la araña al aire se suelta,
y en acrobacia increíble,
hace viajes de ida y vuelta.

De manera tan sencilla
vuelve a entretejer su tela,
mostrando la maravilla
de su saber sin escuela...

“Mamá — dice Juan — no puedo
cumplir tu encargo... ¡qué pena!
... Nó, nó: no es que tenga miedo,
pero esa araña... ¡es tan buena!...”

Corderito

Corderito retozón,
de espuma blanca vestida
de dulce mirar tristón
y plañidero balido.

Yo lo he visto en las mañanas,
cuando el campo se despierta,
y las ovejas ufanas
buscan la tranquera abierta.

Por el sendero ondulado
trisca en torno de la madre,
y corre desesperado
por poco que el perro ladre.

Ya va aprendiendo a rumiar,
y si la oveja lo pierde,
cuando lo vuelvo a encontrar
lleva el hociquito verde.

Si a las doce el sol molesta,
se tiende junto al jagüel,
y mientras duerme la siesta
la madre vela por él,

Cae el día. Las majadas
van caminito al corral;
si hay ovejas descarriadas,
con el perro les va mal.

Se apiñan, topan, se agitan
al llegar... ¡qué confusión!...
¡y cómo se desgañitan
llamando a su regalón!...

Entran... El dulce balido,
al rato, se deja oír,
con que al hijito querido
cada oveja hace dormir.

Perico

Se dice que el loro repite el sonido
y de las palabras no sabe el sentido;
que el fósforo falta dentro su magín;
que es duro y cuadrado como un adoquín,

pero yo sostengo, de modo rotundo,
que el loro es el bicho más sabio del mundo,
y hasta que es bastante más inteligente
que alguna... que mucha... ¡que toda la gente!...

Tengo en casa uno de lo que no hay
(me lo trajo un tío que fué al Paraguay);
si cuento sus gracias tengo para rato,
pero en un momento les haré el retrato:

su traje es lujoso, color cardenillo;
la voz, muy sonora, los ojos con brillo;
tiene como ganchos, los dedos y el pico,
y ¡naturalmente! se llama "*Perico*".

Si al desayunarme no le doy tostada,
grita: "*Patroncito, ¿para mí no hay nada?*"...
y si me despido sin enviarle un beso,
dice: "*¿Qué te pasa, que te vas tan tieso?*"...

Si doy mis lecciones alto, y de memoria,
Perico me imita con gracia notoria,
y mamá nos grita: "*¡Cállense, por Dios!*
que en vez de un lorito ya tenemos dos"...

Perico es afable, cortés y oportuno,
y tiene una frase para cada uno;
dice a las visitas: "*¿Qué tal?... ¿Cómo va?*"
y a los cobradores: "*El patrón no está*".

Recorre la casa del zaguán al fondo,
luciendo, arrogante, su pasito orondo;
charla, llora, ríe, canta canzonetas,
se cuelga del aro, y hace piruetas.

... y con esto basta, según mi opinión,
para que comprendan con cuánta razón
dije "*que es bastante más inteligente*
que alguna... que mucha... ¡que toda la gente!"...



Está en preparación
la 2.ª parte de : :

“Semillitas”

dedicada a las fiestas patrias

